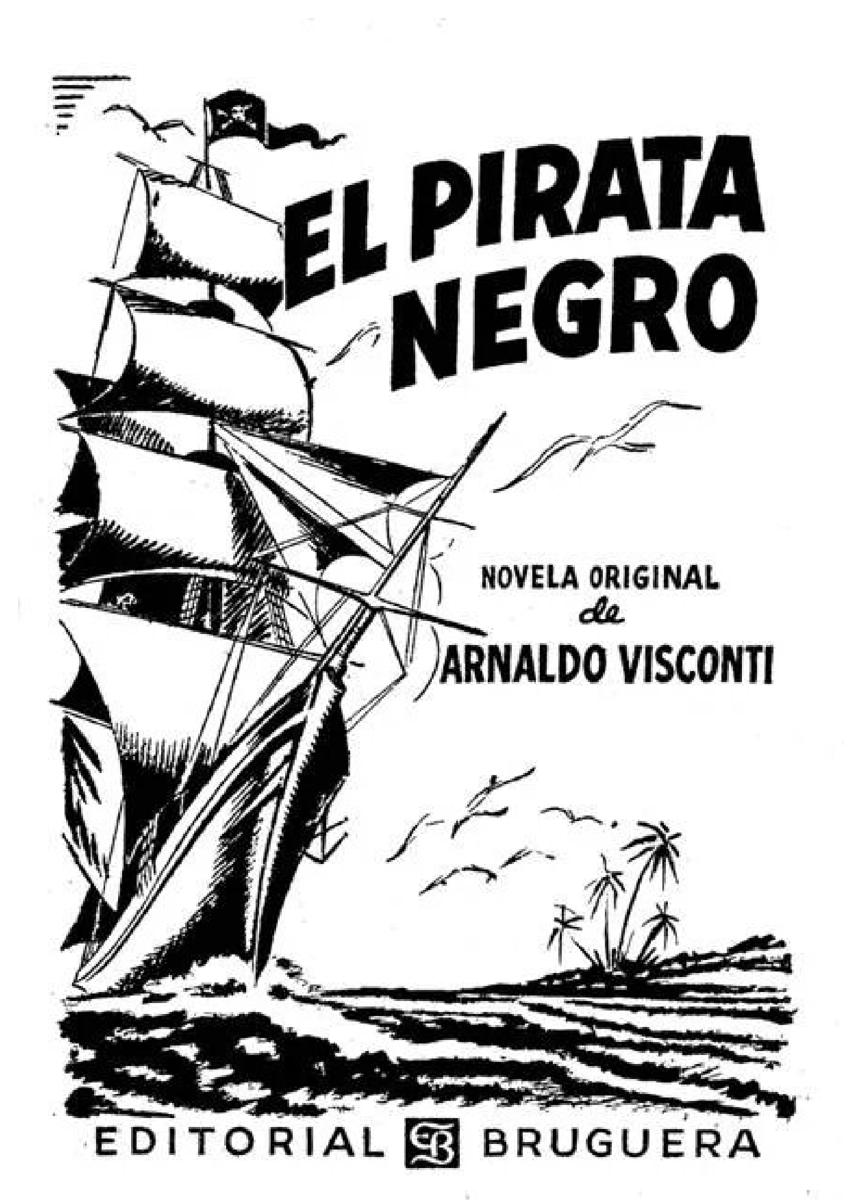
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE
UN EPISODIO
COMPLETO

PRUVENSAI

LA TIZONA TOLEDANA

3 PTAS



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La tizona toledana

Colección El Pirata Negro n.° 33

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


la
TIZONA
TOLEDANA

Prólogo

La borrasca iba amenguando, pero aun soplaba con fuerza, arremolinando nubes de polvo calcáreo y arena que aureolaban los grises contornos de la playa baja y roquiza de la costa normanda.

El mar desapacible rizaba su superficie en cortas olas encrespadas por entre las que un velero avanzaba enfilando su afilada proa maniobrera hacia uno de los escasos entrantes que la costa ofrecía.

El cielo del amanecer, lívido y neblinoso, destilaba una humedad fría que goteaba monótonamente en una fina llovizna, mientras el velero iba entrando en la caleta, donde, a los pocos instantes, arrió la mitad de sus velas, lanzando además del ancla dos anclotes de sujeción que levantaron penachos de espuma a babor y estribor.

Los tripulantes de la nave, una vez realizada la maniobra, descendieron a las calas, obedeciendo la voz de mando de un sujeto corpulento, de recia y voluminosa musculatura y rostro surcado por múltiples cicatrices.

Desde el puente de mando, en el castillete de proa, un atezado individuo de perfil enérgico y audaz, enfocaba hacia el litoral el largo tubo de un catalejo.

De vez en cuando, consultaba una carta costera, protegida de la lluvia por un saliente de madera. Carlos Lezama el Pirata Negro, depositó junto a la carta el anteojo, y mientras se dirigía al entrepuente en dirección a la sala capitana, emitió silbidos cortos y estridentes de varía modulación.

A la llamada acudieron los dos lugartenientes de la nave: “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, que siguieron a su jefe a unos pasos de distancia.

En la camareta principal, una mujer de rostro demacrado con huella de recientes penalidades, esbozó un ademán interrogativo, señalando por la lucarna hacia la ensenada que se divisaba.

—No, no es costa inglesa-dijo el Pirata Negro a modo de respuesta.

Sentóse a medias sobre el borde de la mesa, quedando cerca de la mujer, mientras los dos lugartenientes, acercáronse a un ademán del Pirata Negro.

—Fue mi primer propósito hacer rumbo directo hacia la isla de Wight, mis valientes. Y tal ordené. Pero lio variado mí intención y mi rumbo, porque del imprudente sólo tengo el primer impulso, que no me duelo enmendar tras breve reflexión. Arribar a la isla de Wight rectamente y según nuestro método acostumbrado, sería simplemente entregar a la marina inglesa un velero y una cuarentena de cuellos al tacha del verdugo. Aunque os parezca enrevesar los términos, os diré que es más fácil apoderarse de lo que me propongo entrando desarmado, que con nuestras bordas artilladas.

"Cien Chirlos" asintió muda, pero vigorosamente con recia cabezada de convicción. El Pirata Negro le miró ceñudamente.

—Pareces estar enterado de mis propósitos, guapetón. ¿Sabes cuál es mi proyecto?

—Aprisionar al corsario inglés llamado "Jiug Fostá", señor, que de regresó de sus correrías, ancla en esa isla inglesa.

—Esta es mi meta. Pero 1o yo te pregunto es el procedimiento más fácil para lograrlo.

—Tu caletre, señor, ya ideó magnífico procedimiento.

—¿Cuál es?

—No lo sé, señor.

—Entonces, ¿por qué asientes como si estuvieras ya al cabo do la calle, borrico?

—Porque sé que tú, cuando imaginas algo, señor, es ingenioso. Y de adulón nada tengo.

—Eso es lo que te salva, bergante. Pero no asientas más que cuando comprendas lo que intentaré explicaros. Matar a un corsario inglés no es empresa que para mí requiera muchas dilaciones y planeamientos. Pero si bien tengo contra él un empeño personal, ya que se atrevió a alardear de que yo había huido de él, lo cual contó

sabéis, es falso, existe otro motivo primordial que me obliga a apresarlo en vida. Ofendió a Catalina Maça en forma tan salvaje y despiadada, que la venganza pertenece por entero a la ofendida. Y ella tiene mi promesa de entregar vivo a fementido "Guante Rojo”. Ella —y señaló el Pirata Negro a la oyente— vengará en Hugh Foster, cuantas tropelías este ha cometido contra mujeres de todas las nacionalidades, pero especialmente contra españolas.

Hizo una pausa Lezama, cuyo rostro sombrío, desconocía desde varias semanas el frunce de una sonrisa o de un gesto amable.

—Las pocas lecturas que saboreo son las que pueden resultarme útiles. Por esa misma razón he ido acumulando manuscritos en que se describa los modos y usanzas de todas las costas de cuantas latitudes tiene el mar. El variar el rumbo y venir a recalar en esta costa normanda obedeció al recuerdo de enseñanzas escritas que releí acerca del estado real de seguridades que puede ofrecer el mar inglés y bus playas para un velero como el mío. El solo hecho de navegar con velero español y artillado por estas aguas, es desafiar tontamente una muerte cierta. Si sólo se tratara de vosotros y de mí, seguiríamos rumbo directo, porque morir matando, consuela de muchos trances que intento olvidar. Pero dos son los razonamientos que me han hecho enjuiciar como exponente de cobardía el lanzarse a morir matando. Sin quijotismos, estimo que dispuesto a morir debo hacerlo con alguna utilidad; ésta es la primera razón. Y defendiendo una causa noble; esta es la segunda. Y la causa que ahora defiendo es liberar los mares del oprobio que representa Hugh Foster.

El índice del Pirata Negro tocó el pecho de “Piernas Largas”.

—Tú, andaluz, que presumes de ingenioso y ducho en trampas. Suponte que yo no existo; suponte que mandas este velero; y quieres vengar la afrenta sufrida por una dama honesta, para lo cual tienes el compromiso viril de entregarle vivo a Hugh Foster. Su — ponte que sabes que Hugh Foster en tierra inglesa, es tan difícil de apresar como intentar atrapar un erizo cuya carne es Hugh Foster y cuyos pinchos sean todos los habitantes de Inglaterra… ¿Qué harías?

—Empresa ardua la juzgo, señor. Si fuese tan sólo, suprimir a ese tipejo que cuto la infernal osadía de inventar la blasfemia de que tú le diste la espalda en buida imposible, ya que tú no huyes ni

del propio Satán que...

—Cíñete a la cuestión, meloso. Entre tú y “Cien Chirlos” me inundáis de incienso que ni quiero ni procede. ¿Decías...?

—Que teniendo a tiro de mi pistola al corsario ese, señor, quedaría el asunto finiquitado, por más pinchos que le erizasen.

—Pero dada la necesidad de captarlo vivo, porque merece torturas, ya que es hiena rastrera que se complace en inventar tormentos crueles, ¿qué harías?

—Dividiría a la tripulación en dos grupos, señor. Bien armados y recelando el velero en sitio seguro de la isla, iría a la zaga del corsario.

—Y el verdugo tendría una labor muy fatigosa, cercenando cuellos de piratas estúpidos-dijo el Pirata Negro con los ojos brillantes —. Quizá en las islas del Caribe, el luchar contra nuestros rivales no ofrecía grandes riesgos, porque la población ante el temor de represalias, prefería abstenerse, y las mismas autoridades celebraban cada muerte de pirata, con glandes festejos. Os expondré la situación de aquí. La isla de Wight en la que forzosamente debemos entrar, es como todos los puertos de la costa meridional inglesa, un semillero de corsarios de primer orden que van y vienen a sus anchas, siempre como uña y carne con los magnates y señores de los condados en que se divide la administración legal del dominio inglés. Cada pueblo que tiene una bahía se jacta de dar acogida a uno de los muchos bandidos corsarios que pululan por sus costas. El propio Rey concede honores a los corsarios que nielar se distinguen en el mar Los funcionarios encargados de reprimir el bandidaje a veces excesivo de los endiosados corsarios, hacen la vista gorda porque reciben de ellos dinero abundante y cuando al implantarse algún nuevo gobierno, intenta éste remediar tal estado de cosas, ve que se estrellan sus esfuerzos contra la propia oposición de los ricos terratenientes. Porque prácticamente todos los hacendados de la costa meridional y también de las otras costas en menor escala, financian las expediciones de los corsarios y burlan fácilmente las leyes de la Corona porque como jueces de paz, forman parte de las, propias Comisiones instituidas para investigar acerca de los desmanes cometidos por corsarios. Y por encima de todo, está el hecho de que las guerras continuas en que participa Inglaterra, hace que considere que los mejores marinos de que

puede, disponer son sus corsarios. Por eso les tratan con todo respeto, considerándolos servidores de la patria. Ved pues que toda esta explicación os la doy en el sentido de que comprendáis que entrar con el "Aquilón" artillado y en son de pelea en la isla de Wight, es ir a una muerte tan cierta como la del pez espada que se propusiera sentirse desafiante entre una manada de ballenas y tiburones.

La portuguesa Catalina Maça escuchaba atentamente, pendiente de las palabras del que, con viril rudeza no desprovista de galantería, habíase convertido impensadamente en su paladín.

—Mi velero entrará en aguas de la Isla de Wight, y desembarcaremos. Pero en vez de cañones llevará redes, y en vez de proyectiles, peces. Cambiaréis vuestros ropajes de peleones, por calza corta, pierna desnuda y camisa flotante. Serán pescadores en arribada forzosa los que entrarán en la isla.

"Cien Chirlos" admirado, sacudió la cabeza afirmativamente, imitado por "Piernas Largas".

—Ahora, al anochecer, cuando ya hayáis mercado redes y cuantos utensilios den a mi cubierta la apariencia de un inofensivo y honesto barco pesquero, enterraréis bajo la arena de esta ensenada los cañones y cuantas armas haya a bordo, conservando tan sólo vuestros cuchillos, porque con ellos se desescaman los peces, y también eliminaremos así la posibilidad de que se escamen los pobladores de la isla de Wight.

CAPÍTULO PRIMERO

La isla de Wight

La isla de Wight era un paraje temido a muchas leguas por cuántos navíos no ingleses tuvieran que surcar forzosamente aquellos mares.

La isla, antigua “Vectis” de los romanos, poseía una breve pero accidentada historia.

Habitada originariamente por los celtas, que la poblaron en primer lugar, Fue conquistada en tiempo del Emperador Claudio, y más tarde por Vespasiano, quedando en poder de Roma hasta el año 630, en que cayó en posesión de los sajones de Cedric y Cyuric y englobada en el reino de Wessex. Más tarde Fue independiente y sus habitantes se sometieron pacíficamente y de ple na voluntad a Eduardo, hijo de Alfredo el Grande. Guillermo el Conquistador la cedió a Guillermo Fijtzosborne, cuyo hijo se declaró en rebeldía y la isla pasó a le Corona, tras cruentad luchas, para ser nuevamente cedida, tomada otra vez y de nuevo cedida,

Desde 1293, en el reinado de Eduardo II, pasó definitivamente a la Co roña, siendo gobernada por un lord de la isla y después por un Capitán Gobernador residente en Carisbrooke, cuyo cargo Fue luego honorario. Pero los habitantes de la isla, conservaron un hosco sentido de la independencia y eran considerados gentes de armas tomar por la menor incidencia.

Quizá Fue esta una de las razones que indujo a los gobernantes de Londres a considerar la isla como propiedad eventual de corsarios y gente de mal vivir, que en ella hallábanse como en su propia mansión peleando a veces con los naturales, que divididos en dos bandas, hacían causa común con unos u otros, sin más móvil que desfogar sus instintos combativos.

En una desapacible mañana del mes de julio de 1710, los habitantes de la ciudad de Newport, la más importante de la isla, se congregaban en el muelle para presenciar la llegada de un poderoso velero, que había penetrado en la "Bahía de la Vaina del Puñal".

Llamaban así los naturales al estrecho y profundo entrante que por el norte de la isla, penetraba hasta el interior de Wight, hasta un tercio de su tierra.

"La Bahía de la Vaina del Puñal" tenía en Su entrada y a ambas orillas dos castillos fuertemente artillados, alrededor de los cuales se apiñaba la población bipartita de Cowes.

Ambos castillos eran los que al izar bandera inglesa en lo alto de la almena central de la fortaleza, indicaban con ello su tácita conformidad con la entrada del barco que ponía proa hacia Cowes.

Pero el velero que ahora, después de traspasar el inviolable acceso, se dirigía hacia Newport, no tan sólo había sido autorizado, sino que además se había disparado una salva de honor.

Porque el velero era el "Flying Heart" al mando de Hugh Foster, el temido corsario, noble por su sangre y su educación.

Hugh Foster había pertenecido, como era habitual entre los aristócratas ansiosos de aventura, a la marina de guerra. Pero a ti cuando por aquellos tiempos, se consentían verdaderos crímenes en nombre de la disciplina, Hugh Foster Fue expulsado de la escuadra, por "excesiva dureza en la aplicación de castigos".

Si salvó la cabeza, Fue porque teniendo su pericia marinera y sus reales dotes de mando y combate, los tribunales estimaban que absolviéndolo, darían nacimiento a un futuro y posible gran corsario.

Y, efectivamente, Hugh Foster colmó las esperanzas del tribunal marítimo que le absolvió, aunque le degradase de su cargo oficial.

Un velo de tupido puritanismo, terco en ignorar ciertos rumores, dejó tan sólo transparentar los combates —victoriosos de Hugh Foster, que aumentaban los fondos de varios potentados y las arcas reales. El velo cubría por igual los rumores de una crueldad sin antecedentes y también el otro tráfico al cual Hugh Foster se dedicaba muy provechosamente: el tráfico de negros.

En Newport, donde la llegada de cualquier barco suponía camorra segura en las tabernas y donde improvisados vates al conjuro del ron, cantaban estrofas alusivas a "las delicias del peligro

de la locura embotellada", causaba siempre un estado de alarma y admiración la arribada de Hugh Foster y sus tripulantes.

El exceso de ron hizo que uno de los poetastros de la isla, cantase en Newport una balada que se difundió rápidamente.

"Dejad el tumulto del puerto.
Aprisa, vírgenes de Wight, salid afuera.
Dejad, oh, dejad la costa abajo,
Venid aprisa a la montaña.
Id pronto a respirar aire más puro.
Porque Hugh Foster ha llegado...
Vírgenes bellas y puras,
Huid de Wight y sus tesoros,
Huid de sus muelles y voluptuosos placeres;
Huid, porque Hugh Foster ha llegado...
Huid de él y sus engaños crueles.
Huid de su licenciosa sonrisa.
Huid, porque Hugh Foster ha llegado".

La recompensa primera que obtuvo el vate por su improvisación le hizo concebir la esperanza de haber logrado halagar la vanidad del corsario a quien no disgustaba ni mucho menos la fama de implacable y cruel que le aureolaba.

Hugh Foster en persona le entrego una daga de empuñadura cincelada con ricas piedras. El cantor la cogió ansiosamente, calculando con la garganta reseca por la avidez, la cantidad que le produciría su venta.

Cuando la tuvo en su mano, Hugh Foster le pidió que le cantara, exclusivamente para él, la balada improvisada.

Obedeció complacido el trovador, y en uno de sus gorjeos, desorbitó los ojos en agónica y pavorosa desesperación.

Hugh Foster había cogido con una mano la muñeca que aún sostenía la desenvainada daga, y con la otra, brutal y diestramente, habíale tirado de la lengua...

Los ocupantes de la taberna donde el hecho ocurrió contaron luego lo sucedido, no sabiendo si pasmarse más de la destreza con la que operó Hugh Foster, o de la extraña venganza del corsario.

Aunque fueron las manos de Hugh Foster las inductores, realmente podía decirse que Fue la diestra del cantor la que cortó mi propia lengua.

Pero lo que siguió, erizó los vellos de los muy poco sensibles isleños, Hugh Foster, pisando con sus botas los pies del cantor, le ató las dos muñecas con una cuerda del laúd, que cortante se hincó en la carne.

Colocó entre las, dos palmas presas la mutilada lengua sanguinolenta, y rompiendo contra el pecho del infeliz cantor varias botellas de ron lo dejó empapado del líquido, colocando un frasco cercenado entre las dos manos atadas y el pecho de.su c prisionero, que sujeto al suelo por la corpulenta pisada del corsario, intentaba, en vano aullar en demanda de piedad.

Hugh Foster Fue soplando entre sus dos guantes rojos, la mecha que acababa de encender, y prendió fuego, primero a las manos del cantor y después a sus ropas... Cuando la antorcha humana empezó a retorcerse como un sarmiento crepitante, Hugh Foster liberó los pies del desgraciado...

Nadie volvió a cantar en Wight la balada improvisada. Sólo corrió de oído en oído la frase que a modo de oración fúnebre exclamó Hugh Foster al abandonar la taberna, rodeado de sus sempiternos guardianes:

—El ron, la lengua y los dedos hicieron cantar el laúd. Recordad, habitantes de Wight, que la Biblia advierte que la penitencia viene por donde se peca.

Si la sádica crueldad de “Guante Rojo” era legendaria y harto sabida, también había dos otras predilecciones que los isleños conocían: su inmensa vanidad y su afán de mantener como tierra prohibida el boscaje que en varias leguas a la redonda circundaba el paraje de Gatcombe, situado entre las barrancadas y los macizos de cretas de la selva central de la isla.

Por eso, siempre que llegaba el "Flyin Heart”, los isleños cumplían dos ritos: ondear sus pañuelos para recibir el navío corsario a su entrada en Newport, y apartarse después prudentemente del paso de los tripulantes que desembarcaban.

Nadie conocía con exactitud el emplazamiento de la mansión que en la selva de Gatcombe servía de reposo a Hugh Foster durante su permanencia en Wight.

Sabíase tan sólo que al desembarcar, sus guardianes blancos eran sustituidos por diez esclavos negros, elegidos por su hercúlea musculatura, que conducían atados con larga trenza de hierro,

salvajes dogos daneses de ojillos sanguinolentos.

Esa era la guardia personal que, viniendo del interior de la "prohibida" selva de Gatcombc, formaba un cuadro cerrado, en cuyo centro Hugh Foster desfilaba por las calles de la ciudad, hasta montar en la carroza, alrededor de la cual formaban una impenetrable escolta los diez negros y los diez dogos. A los afilados colmillos de los perros, uníase la vigilante amenaza do los anchos machetes de los africanos...

Algún cargamento valioso debía llevar Hugh Foster en la presente ocasión, cuando nadie descendió de su bordo.

Por la pasarela bajó tan sólo el corsario, sobria y elegantemente vestido, rojas las manos en sus guantes de seda. Abajo le aguardaban ya los diez negros, que formaron un cuadro de ébano, al rodear con sus anchas figuras la corpulenta y alta prestancia del corsario de la cicatriz en el párpado izquierdo, que mantenía dicho ojo en perenne guiño cruel.

Los rubios cabellos largos del corsario contrastaban aun más entre la negrura de los esclavos...

Hacía ya horas que la carroza habíase alejado de Newport, escoltada por los ladridos de los dogos, y los guturales gritos de los africanos, cuando un experto pescador isleño, tras olfatear de cerca el casco del "Flying Heart", barruntó el contenido principal.

Poco después, desde cubierta, un corsario advirtió a su novia, que no podría descender a tierra hasta que Hugh Foster no revocase su orden.

Preguntados los motivos de aquella prohibición, el corsario explicó que en la singladura de Lisboa hacia el Norte, el "Flying Heart" había apresado un barco negrero portugués.

Y Hugh Foster había trasladado a sus calas la mercancía negra, doscientos cincuenta nativos de Sierra Leona, que si bien aherrojados en larga cadena empotrada en los muros de la cala, debían ser permanentemente vigilados y cuidados, porque tanto el motín como el debilitamiento, representaban mermas en la mercancía.

No sólo debían vigilarlos sino también forzarles a admitir la comida.

Y durante la estancia de Hugh Foster en Gatcombe, ningún tripulante podría bajar a tierra, hasta que de nuevo el jefe corsario

diera la orden de partir hacia las Antillas, en viaje provechoso que por, el feliz encuentro con el navío portugués le ahorraba la escala en Sierra Leona, ya que Hugh Foster obtenía sus mayores ingresos en el tráfico del ébano.

* * *

El temporal que en anchas ráfagas furiosas barría la costa normanda y el canal de la Mancha, no era el más propicio para iniciar una navegación.

Sin embargo, un velero anclado en una ensenada de la costa de la región francesa, levó anclas y abrió sus trapos abandonando el seguro refugio que le brindaba la bahía natural, trocándolo por el encrespado mar donde bramaban las olas.

Una fuerte corriente empujó la popa del audaz velero, colmando paradójicamente el propósito del que mandaba la nave.

El Pirata Negro, guarecido de la menuda llovizna que el viento arremolinaba bajo una gran lona tendida entre los cuatro remates del castillete de proa, extendió sobre una mesita clavada en el suelo, un pergamino en el que recientemente había diseñado el perímetro de la isla de Wight.

—El temporal, aunado a la corriente de la Mancha, llevará a nuestro velero al parecer a la deriva-Fue explicando el Pirata Negro —. El hecho de que el timonel sabe que debemos arribar a la bahía de Branding Harbour, lo ignoran los isleños.

Apoyando el índice en el croquis, Fue designando los puntos que indicaba en sus aclaraciones.

—Ved esa concha que semeja el caparazón de un crustáceo plano. Por el Sur que es hacia donde navegamos, presenta un litoral bajo, arenoso y sin protección contra los embates del mar. Ningún barco defendiéndose del temporal iría a buscar refugio en un litoral como éste, donde sólo corre el peligro de embarrancar. Por tanto, lógicamente, nuestro pesquero, en arribada forzosa, entrará en Branding Harbour.

Sus dos oyentes, “Cien Chirlos” y “Piernas Largas”, iban asintiendo, inclinados sobre la mesita.

—Esta isla tiene en su mayor anchura una extensión de un centenar de leguas. Sus principales ciudades son Yermouth, Newport y Newton. En alguna de esas tres ciudades nos darán razón del paradero de Hugh Foster. Cuando hayamos anclado en

Brandi.ng Harbour, quedará mi tripulación dividida en dos bandos. Uno lo capitanearas tú, andaluz, y el segundo tú, “Cien Chirlos”. Servicio de veinticuatro horas: un grupo en tierra y el otro a bordo. Como racialmente los irlandeses tienen bastante semejanza con los españoles, yo sabré explicar que somos pescadores irlandeses en arribada forzosa. El grupo que baje a tierra, fingirá adecuadamente el hosco continente de míseros pescadores, silenciosos y adustos. Advertidles que al primero que abra la boca, con lo que dejará adivinar que es un borrico español, le serán contados treinta latigazos en las espaldas.

Aprobaron en silencio los dos lugartenientes.

—La misión del grupo en cubierta es fácilmente comprensible. Defender el acceso a bordo. Si alguien pretende subir, el centinela do entrada lo rechazará, diciendo: “Captén aut; neit captén”, que significa que el capitán está en tierra y que esperen el capitán. Repite “Cien Chirlos”, las cuatro palabras.



Arrugando la frente, y cerrando los puños por el esfuerzo, “Cien Chirlos” repitió las dos frases en inglés. Lo mismo hizo “Piernas Largas”, quien a Indicación del Pirata Negro, escribió la pronunciación figurada en un trozo de papel.

—El grupo que baje a tierra, si es interrogado, replicará con las mismas palabras. Representan la estolidez del pescador, que elimina de su albedrío toda facultad de pensar, ya que para eso tiene un patrón, que es el que conduce su barco y quien marca las metas. Ahora atended la misión más delicada. Ignoro el paradero de Hugh Poster. Pero no es idea arriesgada o inverosímil el suponer donde recala su nave. Examina el plano, guapetón. ¿Qué punto elegirías para anclar si contaras con la incondicional acogida de los isleños?

"Cien Chirlos", señaló con la diestra el mapa, apoyando un dedo voluminoso en la doble línea que iba desde el nombre de Cowes hasta el de Newport.

—Esta puñalada de mar en la tierra, señor, es un puerto superior.

—Seguro, y además artillado en sus dos entradas, y recatando en la ciudad más importante de la isla, que es Newport. Por lo tanto, es casi acertar el suponer que el velero del corsario haya anclado en esta puñalada del mar en la tierra, como dices muy gráficamente, guapetón. Ves puñaladas hasta en la sopa...

El índice del Pirata Negro describió sobre el pergamino un arco que recorrió de Este a Oeste el centro le la isla dibujada.

—Podéis ver que Wight está dividida en dos partes por una cordillera de colinas que ellos llaman "downs". Son escasamente altas, y más bien son macizos de creta cortados por barrancadas; Tengo leído que posee bosques laberínticos, el mayor de los cuales es el central de Gatcombe. Pero eso no nos interesa. El grupo que baje conmigo a tierra, formará la "cadena selvática". El procedimiento que empleábamos en las selvas antillanas para no perder contacto cuando nos internábamos tierra adentro. Desde Branding Harbour, el primer eslabón de la cadena mantendrá contacto con el segundo, que, a la vez, lo irá manteniendo con los que de Este a Oeste irán formando una recta hacia Newport. Esta línea recta terminará en mí, que entrando en Ir ciudad recogeré informes de los habitantes, fingiendo ir a mercar bramante y lona para reponer velas rasgadas. No obtendré rápidamente dichos informes porque no quiero suscitar sospechas, que echen a perder toda esta labor. En la primera jornada actuará tu grupo, "Piernas Largas", que bajará a tierra. Vendrás conmigo y cuando aviste Newport regresarás mientras "Cien Chirlos" va relevando hombre

por hombre la cadena. Impongo esos relevos, porque si algún natural de la isla, viera más de dos días consecutivos el mismo rostro por las cercanías, podría alertarse. Espero de vosotros que la cadena no sea endeble. Perder contacto conmigo o perderlo yo con el “Aquilón” supondría la irremisible pérdida de nuestro pellejo. Recordad a mis valientes que no sólo en la isla pululan los corsarios, sino que los mismos indígenas son amantes de pelea. Por lo tanto, encerrándose por obligación en un mutismo de pescador que sólo invoca la palabra “capitán”, se evitarán peleas y roturas de eslabones. Bien, marchad a vuestros cometidos: que del primero al último de mis valientes, queden bien impuestos en su obligación sencilla. Callar, ya que no saben hablar inglés, lo cual celebro; no hablar una sola palabra en español, y no luchar a menos que, sea en defensa de la cadena o de sus pellejos. Somos pescadores en arribada forzosa.

CAPÍTULO II

Dos pescadoras en Newport

La boca de tenaza que formaba Branding Harbour ofrecía una acogedora protección contra la galerna que soplaba en mar abierto.

La bahía estaba únicamente habitada por una aldea de pescadores, y no era, espectáculo inusitado para líos la arribada forzosa de un buque pesquero en busca de amparo.

El atuendo que vestían los tripulantes del "Aquilón", acabó de cerciorar a los habitantes de Branding Harbour de que el grupo de hombres que desembarcaba en la franja arenosa, pertenecía a la misma arriesgada profesión con la que ellos ganábanse el sustento diario.

El hecho de que llevasen al cinto un ancho cuchillo no intranquilizó a los escasos curiosos que habían ido a contemplar el anclaje del velero, ya que más que arma, era aquello un utensilio de trabajo con el que descabezar y ayudar a la salazón del pescado.

Con el laconismo propio del hombre que pasa largas temporadas en el mar, dedicado a la pesca de altura, el cabecilla de los recién desembarcados, que se distinguía del resto por vestir sobriamente, pero con distinción, ropajes enteramente negros, inquirió en qué lugar cercano podría mercar bramantes y lonas.

Fue informado que el sitio más a propósito era Newport, aunque la presencia de corsarios exigía a los "forasteros" el ser breves en sus visitas y procurar por todos los medios soslayar las continuas provocaciones.

Agradeció Carlos Lezama los informes, y partió al frente del grupo capitaneado por "Piernas Largas".

Poco a poco y tomando como jalones para el enlace los lugares elevados, la cadena: humana Fue eslabonándose, hasta que tras

ocho horas dé marcha, quedaron solos el Pirata Negro y el andaluz, dando vista a la ciudad de Newport, hacia la que se dirigieron.

—¿Oíste lo que me dijo el anciano isleño? —preguntó Lezama.

—Oír, oí, señor, pero entender, ni jota. Esa parla inglesada en que se habla por la nariz y con los dientes cerrados es cosa difícil.

—Dijo que los isleños de Newport y los corsarios confraternizan en provocar a cuantos son forasteros. Tendremos pues, que hacernos los sordos.

Para mí será labor fácil, señor, y que no me enteraré por mas cosas feas que me digan

Debemos adoptar el continente callado y manso de la gente de paz, que solo quiere brega con el mar

La ciudad de Newport tenía el aspecto característico de cualquier puerto de mar. La parte más alejada del litoral, contenía edificaciones hogareñas, y a medida que se avanzaba desde el interior, llegábase al barrio netamente portuense, abundante en tabernas y tiendas.

Era la hora en que el crepúsculo anunciábase próximo, y por las sórdidas callejuelas húmedas, deambulaban con arrogante continente corsarios que en su escala de reposo derrochaban sus beneficios yendo a su«tabernas favoritas en las que eran clientes esporádicos y donde tentaban el azar en juegos de todas clases, generosamente acompañados por libaciones y canciones báquicas.

Más de una vez sintióse Lezama observado con insistencia, pero continuó andando, fingiendo no parar mientes en ello.

“Piernas Largas”, un paso atrás, clavaba los ojos en lo alto, porque si bien no entendía el lenguaje inglés, adivinaba sobradamente el idioma mudo de las miradas indolentes.

Siguió al Pirata Negro cuando éste entró en un amplio local repleto de material marítimo. Dos individuos, sentados tras el mostrador, fumaban en larga pipa, jugando al ajedrez, y saboreando de vez en cuando un largo trago de cerveza negra y amarga.

—Buenas tardes-saludó el Pirata Negro en inglés —. Necesito lona, cuerda y brea.

Uno de los jugadores meditó unos instantes, sin mirar al que le hablaba ni replicar. Movió por fin una de las piezas del tablero.

Su adversario apoyó los dos codos en la mesa, absorto en el estudió de la situación creada por la jugada.

Prolongóse el silencio, y el Pirata Negro repitió:

—Buenas tardes. Preciso lona, cuerda y brea.

Los dos jugadores continuaron estudiando el tablero, hasta que uno de ellos replicó al movimiento del contrincante moviendo una de sus piezas.

—Yo habría movido la torre-dijo el Pirata Negro —. Era un buen jaque a la reina.

Su observación, hecha a propósito, tuvo la virtud de que los dos jugadores se fijaran simultáneamente en él, mirándole hoscamente.

—¿Quién os manda meteros en lo que no os importa, extranjero? —exclamó el más viejo, asestándole una furibunda ojeada.

—Preciso lona, cuerda y brea. Esta es una tienda que vendo esos tres artículos, ¿no? Soy patrón de velero pesquero irlandés.

—Dinero-anunció lacónicamente e1 más joven.

Ambos continuaban sentados. Se pusieron en pie a regañadientes cuando el Pirata Negro hizo sonar una bolsa que extrajo de debajo de su casaca.

Adaptándose a su papel, Carlos Lezama denigró la mercancía ofrecida, regateó escandalosamente, y, por fin, quedó el trato ajustado, dejando paga y señal, mientras los dos mercaderes apartaban el género escogido. El Pirata Negro manifestó que varios de sus hombres irían a recogerlo y pagarían la diferencia.

—Desconozco la ciudad-dijo el Pirata Negro —. ¿Seríais tan amables como para, indicarme en qué lugar puede un hombre honesto refrescar y mercar botillería?

Los dos jugadores de ajedrez, qua se habían reintegrado a su juego, miráronse entre sí. Al fin, el más viejo dijo, calmosamente:

—Volved a vuestro barco, forastero. Newport no es saludable para gentecilla de vuestra profesión.

—¿Por qué?.. —preguntó, con aire cándido, el Pirata Negro.

—Está en "La Vaina del Puñal" el "Flyng Heart" de Hugh Foster.

—¿Quién es Hugh Foster?

La pregunta del Pirata Negro desfrunció el ceño del más viejo, que prorrumpió en áspera risotada, imitado por mi compañero.

—¿De dónde venís?

—De los bancos de Terranova y de Islandia-mintió el Pirata Negro.

—Sólo así se comprende que no sepáis quién es Hugh Foster. Es un famoso corsario que tiene a gala matar a quien ande por las calles de Newport y que no sea isleño o corsario. Buenas tardes.

El Pirata Negro devolvió el saludo y abandonó el almacén. En la calle señaló hacia el litoral.

—Vamos a ver de cerca el velero del corsario. Ya sabemos su nombre, que es poético: "El Corazón Volante".

Anclados en el muelle había tres grandes navíos; pero de los tres sobresalía en majestuosidad y artillería el que en su proa lucía en letras de oro él nombre de "Flying Heart".

Su cubierta hallábase atestada de corsarios, los unos sentados en las bordas, los otros suspendidos en las escaleras de cuerda, los más tendidos en los entrepuentes jugando a los dados y al naipe.

Husmeó Lezama cuando pasaba cerca del ventrudo casco de la nave. Le imitó "Piernas Largas".

Dio el Pirata Negro media vuelta, alejándose del velero.

—¿Olisqueaste, andaluz?

—Olisqueé, señor. Huele a selva, a sudor de fiera, a plantación de cafetales.

—Huele a ébano, chiclanero. Carne negra.

—¡Eso! Sí, señor. Huele a esclavo antillano.

—¿Qué te parece el barco?

—Duró de abordar, señor. Mucho tripulante y cuando menos cincuenta piezas de gran boca.

Detúvose de pronto el Pirata Negro ante un caserón obscuro, de cuyo interior brotaba una luz rojiza.

Una, pancarta colgada sobre el abierto umbral decía: "Vulcain's Hámmering". Y bajo estas dos palabras, leíase: "Iñigo de Toledo".

—"La Forja de Vulcano" musitó el Pirata Negro, traduciendo la pancarta —. Y no hay rincón del inundo, por más perdido que esté, donde no se encuentre un español. Voy a arriesgarme; ya no somos irlandeses, andaluz.

En el interior de la forja, un individuo cenceño de elástica musculatura que relucía sudorosa reflejando los destellos del fuego en el que con largas tenazas hundía un trozo de metal incandescente, llevaba par toda vestimenta unas cortas calzas de cuero.

Barbudo el rostro alargado, donde las arrugas parecían trazadas

a cincel, extrajo el metal y, asiendo la tenaza, lo colocó con una sola mano sobre un yunque, empezando a golpearlo vigorosamente con un corto martillo.

Lo hundió de pronto en una gran vasija rebosante de agua, y un chirrido humeante produjo una nube blanquecina.

Arrojó el metal sobre una alfombra formada por varios sacos apilados, y sólo entonces miró hacia los, dos visitantes.

—Buenas noches, amigo —saludó en español el Pirata Negro.

El forjador examinó al que le hablaba en su lengua como quien ve a una aparición de ultratumba.

—¡Español¡ —exclamó, con voz ronca—. Yo soy Iñigo, nacido en Toledo. Pero... ¡no es posible! Tú no eres español.

—Lo soy. ¿Qué de raro hay en ello?

—¿No eres tú de Toledo y estás aquí?

—Un corsario inglés me hizo cautivó, y debo la vida a que los aceros que forjo gustaron al corsario. Pero tú... y el que te acompaña corréis peligro de muerte. Como lobos se os arrojarán encima los isleños y los corsarios cuando sepan que sois españolen. Ya lo harían de costumbre, pero ahora aun más. Inglaterra está guerra contra España...

—Fingimos ser irlandeses. Nuestro velero llegó a la bahía de Branding Harbour en arribada forzosa.

—Hazte a la mar inmediatamente, amigo —aconsejó el forjador —. Newport es sitio malsano...

De pronto, Iñigo de Toledo hundió nerviosamente los dedos en su entrecana y poblada barba. Sus ojos miraron ansiosamente al hombre vestido enteramente de negro.

—No tengo memoria de que ningún español traicione a un paisano suyo en tierra enemiga y hostil-dijo, lentamente —. Os puedo ofrecer vino añejo. Venid.

El Pirata Negro y “Piernas Largas” siguieron al forjador hasta un aposento vecino, cuya puerta cerró cuidadosamente el toledano, colocando después sobre una tosca mesa tres copas de metal y un frasco.

—¿Puedo fiar en ti, pescador? —preguntó, mirando al Pirata Negro.

—La misma pregunta te hago, forjador.

Escanció vino el toledano, y su mano temblaba levemente

cuando apuró su copa.

—¿Cuánto oro me pedirías por sacarme en tu velero de la isla?

—¿No puedes irte cuando la desees?

—Aquí sólo tocan barcos ingleses, y para todos ellos yo soy un toledano muy hábil en fabricar espadas y dagas, pero soy cautivo. Me matarían si les propusiera que me ayudasen a huir de Newport.

—Puedo llevarte a mi bordo, si te vistes otra ropa y te embozas bien en una corta capa corsaria inglesa.

—Pero… no soy rico. ¿Cuánto me pedirías?

—Oro, no quiero. Me bastará con que contestes a mis preguntas con veracidad. Antes preguntaste si podías fiar en mí. Ahora ha llegado el momento en que yo sepa si puedo fiar de ti.

—¡Por completo! —y súbitamente el forjador entrecerró los párpados con admirativa expresión—. ¡Tú eres un agente español que ha venido a obtener informes!

—Eso es.

—Debí suponérmelo. Tu compañero se disfraza de pescador. Fingís ser irlandeses… Pregunta, señor. Tu llegada a mi forja ha sido providencial, porque la tristeza me consume entre estas paredes calcinadas. Tengo familia en Toledo.

—Volverás a ella. Te dejaré en tierra francesa. Añora págame el precio de tu fuga explicándome cuanto sepas acerca de Hugh Foster.

Iñigo de Toledo crispó los puños y sus músculos se hincharon.

—¡Hugh Foster, que Dios maldiga, es quien me convirtió en cautivo!

—Poca amistad le profesarás, entonces. Dime cuanto sepas de él. No su historia, sino dónde puedo encontrarlo actualmente.

—Su velero llegó anteayer. Pero lleva esclavos negros de Sierra Leona, que apresó de un navío portugués. Por eso ha prohibido a la tripulación que baje a tierra. Él lo hizo, pero, como siempre, dirigióse a Gatcombe, escoltado por sus corsarios negros y los dogos.

—¿Vive en Gatcombe?

—En la dilatada selva de Gatcombe tiene su casa. Pero nadie la ha visto. Los que a ella se acercaron perecieron a machetazos, siendo después despedazados por los colmillos de los perros. Según he oído decir a un tripulante, Hugh Foster regresará a bordo dentro de poco para dirigirse a Londres, llamado por una alta personalidad;

lo cierto es que siempre va a Londres cuando vuelve de sus expediciones, porque como corsario con patente real debe rendir cuentas.

—¿Cómo dices que oíste hablar a un tripulante, si antes aseguraste que llenen prohibida la bajada a tierra?

—Yo tengo acceso a bordo. Y mi obligación, apenas recala el barco de Hugh Foster, es ir a entregar las armas forjadas que necesitan y recibir nuevas órdenes. Yo fabrico las dagas especiales de Hugh Foster, entre otras armas.

¿Qué dagas son esas?

Abrió el forjador la puerta, regresando después con una larga daga extrañamente calada.

La hoja era aguda y normal, pero en su centro estaba calada, por múltiples agujeros.

—Es la daga de misericordia-explicó Iñigo —. El calado produce la gangrena, y quien es herido por ella fatalmente muere.

—Bien, toledano. Te has ganado el pasaje. Permaneceré aquí hasta dar con Hugh Foster. Mientras, sigue tú forjando para no despertar sospechas, y vendrá uno de mis hombres a recogerte apenas me disponga yo a zarpar. Tienes mi palabra.

—¿Dónde está tu velero?

—Pregunta a la cual no puedo contestar, toledano.

—Es verdad. Me olvidaba ya que los audaces caballeros que se dedican a tu arriesgada labor deben ser discretos hasta para con ellos mismos. Aguardaré tu aviso con el alma en vilo. Tengo ansia de verme en Francia y después... ¡Toledo!

El Pirata Negro dirigióse hacia la sala caldeada por el horno. Apoyó de pronto la diestra en el pomo de su cuchillo cuando vio al forjador que, precipitándose hacia un rincón, volvíase empuñando una larga espada, que acababa de recoger de un hacinamiento.

—Acéptame este obsequio, señor —dijo el toledano, tendiendo la espada por la hoja, con la rica empuñadura hacia el Pirata Negro —. Es la mejor de mis tizonas.

El Pirata Negro asió la empuñadura, y flexionó el acero arqueándolo hasta el máximo. Soltó la punta y la hoja vibró sonoramente.

—Buen forjador eres, Iñigo. Esta tizona es magnífica, y créeme si. te digo que entiendo en espadas, porque muchas he manejado.

Acepto do muy buen grado este obsequio, pero aquel cinto y aquella vaina Ion compro.

“Piernas Largas” Fue a descolgar las piezas señaladas por el Pirata Negro, mientras éste depositaba sobre una mesa varias monedas de oro.

—A propósito Iñigo. Ya que subiste a bordo del “Flying Heart”, ¿no viste nada que te llamase la. atención?

—¡Sí! Una dama lujosamente ataviada, que en inglés me pidió en voz muy baja, que sólo yo oí, que le tuviese preparada una daga corta. Me colocó en la diestra varias monedas. Dijo que vendría a buscarla esta noche...

—¡Tate!... —murmuró el Pirata Negro—. Me gustaría verla y saber para, qué desea la daga, habiendo armamento a bordo del velero.

—Puedes quedarte aquí, señor... —ofreció Iñigo—. Lo que ella diga, quizá te sirva para tu misión.

—Gradas, toledano. Tu encuentro me ha sido beneficioso. Acepto también esta nueva oferta..

—Pasad a la otra sala. Cerraré la puerta, y, cuando la abra, entrando en donde estés con e1 pretexto de rebuscar entre mis armas, sabrás que ella está aquí. Ahora vuelvo a mi yunque.

A solas en el aposento con “Piernas Largas”, sentóse el Pirata Negro en un escabel.

—Providencial ha sido para mí esto buen hombre.

—Y para él, señor. Con tu ayuda huirá del corsario.

—¿Recuerdas al individuo que en aguas de Lanzarote vino a mi bordo, para después abandonarlo a nado?

—Sí, señor. Un tipejo muy perfumado y emperifollado...

—Era Lord Barton Denver. Me dijo que su hermana, en las Bermudas, había tomado pasaje por su voluntad a bordo del velero de Foster. Es extraño esto, porque me parece que una dama que voluntariamente acompaña a un corsario, no necesita procurarse secretamente una daga corta que pueda ocultar entre su ropaje. Si, como supongo, está ella deseosa de vengarse de alguien de a bordo, puede serme útil el brindarle mi ayuda. Eva perdió al primer hombre... Esperemos a oír esta Eva.

CAPÍTULO III

Lady Hermione Denver

A principios del año 1710, fondeó en aguas de las Bermudas, en su isla principal, el “Flying Heart”.

Desde el palacio residencial de Saint-James, Lady Hermione Denver fue observando la entrada del majestuoso velero cuya fama era ya legendaria en el Caribe.

Lady Denver no conocía personalmente al jefe corsario Hugh Foster. De él sabía tan sólo que, «ácido en buena cuna, había sido expulsado de la armada de guerra por crueldad, y que equipando un velero corsario, había logrado en poco tiempo sendas victorias resonantes.

Hermione Denver, joven aún, estaba muy pagada de sí misma, porque sus tempranos éxitos en la corte real de Londres la habían envanecido, hasta el punto de que aun en la misma corte licenciosa y disoluta de la reina María circularon escandalosos rumores propagados por sus enemigos.

Independiente y altiva, Hermione Denver afectaba una fría y desdeñosa actitud despreciativa, pero cuando su hermano Lord Barton Denver Fue nombrado secretario del gobernador de la isla de Saint-James en las lejanas Antillas, ella decidió acompañarle, para renovar el ambiente enrarecido de odios y murmuraciones que a su alrededor habíase formado.

Pero al año de permanencia en Saint-James habíanse agotado todos los recursos de diversión que la pequeña isla ofrecía, y Hermione Den —.ver se aburría. Por eso acogió como posible anuncio de próximas diversiones la llegada del velero corsario, que en aquellos momentos iba entrando en la bahía de la capital de la isla.

Un elegantísimo sujeto, de florida casaca y golilla enorme, portando bastón y sujetando con indolencia unos impertinentes, vino a detenerse junto a Hermione, en el recuadro de la gran ventana.

Lord Barton Denver no sentía el menor aprecio por su hermana, y ésta le devolvía con creces el mismo sentimiento.

—Hermoso barco —comentó Lord Denver a modo de saludo, señalando con sus impertinentes la lejana silueta del velero—. Pero no me agrada el color que pinta sus maderas.

—¿No os gusta el color obscuro? —preguntó ella con indiferencia y empleando como siempre el ceremonioso tratamiento, que sólo se apeaban mutuamente cuando la discusión se envenenaba.

—En barcos no tengo preferencia por color alguno. Pero este velero debería estar pintarrajeado de rojo con franjas negras.

—¡Horrible!

—Indudablemente; pero sería el color más adecuado. Bojo por la sangre de las crueldades de este corsario bigardo, y negro por el tráfico de esclavos a que se dedica.

—No os sabía tan sensible.

—Manifiesto tal opinión porque me repugna que un hombre que nació en buenos pañales descienda a mercadear con negros, capitaneando una nave de basureros del mar.

Y Lord Denver abanicóse para aspirar el perfume que se desprendía de sus ricas vestiduras.

Hermione le miró de soslayo. Ambos hermanos tenían hermosas facciones, pero daban la sensación de artificialidad, como si, en vez de seres humanos, fueran maniquíes sin calor.

—Os recomiendo que no sustentéis tal opinión, querido Barton, delantal de Hugh Foster en la cena a la que le ha invitado el gobernador.

—La última imprudencia que cometí Fue cuando yo tenía ocho años; fue el día en que os ayudé, querida Hermione, a desafiar las iras paternales. Vos, en premio a mi ayuda, me declarasteis autor del estropicio cometido por vos misma. Desde entonces no he» cometido nuevas imprudencias, ya qua la principal de ellas no puede achacárseme, puesto que no soy responsable de tal imprudencia.

—¿Y cuál es la imprudencia de 1& que no sois responsable?

—El haber nacido dos años después que vos vinierais al mundo, y tener, por tanto, el triste baldón de ser hermano vuestro, querida Hermione.

La sonrisa de Lord Barton Denver era peculiar: levantaba su labio superior tan sólo por un extremo, y semejaba el rictus de una hiena.

Hermione Denver hizo una leve reverencia.

—Triste baldón que compartimos, querido Barton. Pero bien sé que no os importa mi vida privada, sino alga mucho más molesto. El hecho de que por ser yo mayor, represente un gran obstáculo a vuestro deseo de dilapidar lo más rápidamente posible la herencia que nuestros padres, antes de morir, tuvieron el buen acuerdo de colocar bajo mi usufructo. Y la pensión que os señalaron Fue espléndida, aunque no os basta.

—No os negaré que, si murierais lloraría la muerte de una mujer bonita, pero me sentiría muy feliz, querida Hermione.

—¡Bestia!

Fue una sola palabra, dicha en voz baja, pero tan repleta de entonación que transparentaba un odio inmenso, que Lord Barton Denver sintióse anticipadamente feliz, levantando por un extremo su labio superior.

—¿Vuestro calificativo cariñoso se refería al corsario?

—Por salvaje que él sea, lo preferiría a un perfumado muñeco como tú, Barton Denver. ¡Te aborrezco!

—No me decís nada nuevo, Hermione. Tened al menos originalidad.

—Pretendes ser cáustico, porque hace juego con tu peluca monstruosa y tu golilla ridícula, pero no eres más que un amargado.

Rió ella agudamente, para añadir:

—Viviré muchos años, Barton Denver, y esa es mi satisfacción: saber que entre tu deseo de ser rico y la posibilidad de serlo me interpongo yo.

—Quizá por eso, desde que estamos en Saint-James, vos tenéis una criada "catadora".

—En efecto. Ella me garantida que cuanto como no está emponzoñado.., ¡En las Antillas hay tantas fiebres y tantas enfermedades extrañas!... ¿Verdad, querido hermano?

—Me juzgáis poco inteligente, Hermione. ¿Cómo iba yo a intentar envenenaros?

—No sería por falta de deseo.

—Seguro. Pero comprendo que es inútil verter veneno en lo que os dispongáis a yantar. Rebosáis tanto veneno, que sería absurdo pretender que la misma *aqua toffana* surtiera efecto en vuestras venas. De los muchos y variados comentarios que en Londres oí referentes a vos, uno de los de que vuestra única virtud y pre-que me pareció más ajustado Fue el caución es la de hablar con esmero, en evitación de una horrible muerte por envenenamiento, al morderos vos misma la lengua.

—Algunas veces, Barton Denver, he pensado que podría yo alquilar los servicios de cualquier espadachín asinino para que te matara.

Tenéis el suficiente dinero para permitiros ese lujo. ¿Qué os lo impide?

La idea de que, para un haragán inútil como tú, es más tormento vivir dependiendo de una pensión mensual. Tu sed de derroche te atormenta, viendo que el manantial está obstruido por mí, y que sólo destila gotas, pudiendo verter cascadas de oro. Pero... quizá algún día me canse de verte y oírte, Barton Denver.

Abandonó ella la estancia, erguido el magnífico busto escotado, y en las dos horas que quedaron hasta el momento de la cena, Hermione Denver dedicó un especial cuidado a su acicalamiento.

En la antesala donde ya el gobernador y su secretario esperaban a Hugh Foster entró una mujer fascinante, cuyo aderezo Fue elogiado por el gobernador.

Y Barton. Denver halló una nueva ocasión de demostrar que la impertinencia que se le atribuía no era una calumnia.

—No os esforcéis, milord-dijo al gobernador —, en ensalzar la hermosura de mi hermana. Perdéis el tiempo, porque Hermione no es sensible al halago cuando procede de intelectos cultivados como el vuestro. Más probabilidades tiene el corsario de conquistarla.

El gobernador habíase ya acostumbrado a los dos hermanos. Limitóse a levantar los hombros en ademán resignado.

Pero Barton Denver no había terminado de hablar:

—Noté los estragos de la pasión, milord, cuando os hicisteis confeccionar un corsé que amenguar vuestro talle, y elegisteis

pomadas especiales...

Quizá el gobernador habría replicado con cierta dureza; pero el oficial introductor interrumpió la conversación, apareciendo en el umbral de la antesala y anunciando pomposamente:

—¡Hugh Foster, corsario de Su Majestad!

Los tres personajes que aguardaban creían recibir la visita de un solo hombre, pero fueron cuatro corsarios los que entraron primero, destocados y silenciosos, para colocarse en pie, en posición de firmes, en dos ángulos.de la habitación.

Después apareció Hugh Foster. Alto, corpulento., muy rubio y sobriamente vestido, el corsario quitóse el chambergo, y, al hacerlo, destellaron a la luz de los candelabros sus guantes de seda roja..

Tras él, otros cuatro corsarios entraron, ocupando otros dos ángulos del aposento.

—Bienvenido, señor-saludó el gobernador, con leve acritud.

Las facciones de Hugh Foster ostentaban una impasible frialdad. Uno de sus ojos estaba perpetuamente semicerrado por una cicatriz en el párpado.

—Excusadme, milord, si me he retrasado. Tuve que atender las obligaciones inherentes a mi misión. Excusad también mi escolta.

—Pudisteis prescindir de ella, señor-reprochó tiesamente el gobernador —. Estáis en tierra amiga,

—Muchos son mis enemigos, y si me hice acompañar como siempre, es porque velan a la vez por vuestra preciosa existencia, milord. Recuerdo que en cierta ocasión, y en tierra amiga, fui atacado en el transcurso de una cena semejante a la que vos me habéis invitado. El personaje que me invitó resultó muerto...

Aquella evocación distendió el semblante del gobernador, quien aceptó la explicación gustosísimo.

—Casi debo, pues, agradeceros la presencia de vuestros corsarios, señor. Permitidme ahora que os presente a Lady Denver.

A la leve reverencia de ella, replicó el corsario aplicando su chambergo encima de su corazón, y mirándola fijamente, con lenta inclinación de cabeza.

—Y mi secretario, Lord Denver... Nuestra cena será en la intimidad, porque sé que aborrecéis el bullicio norial.

En el transcurso de la cena, Hugh Foster habló poco. De vez en cuando miraba a la única mujer que asistía al condumio, y que le

devolvía rectamente sus ojeadas.

Finalizaba el servicio de los postres, cuando Hermione Denver perdió algo de su fría reserva al oír al corsario que decía:

—Este clima es enervante y agotador, Lord Denver. Forzosamente vuestra esposa se resentirá de unos cambios de temperatura tan bruscos.

Mostró Denver su sonrisa de hiena, y Hermione realzó inconscientemente su belleza al decir, fulgurantes los ojos:

—Si puedo soportar a Barton como hermano..., ¡antes moriría que tener un esposo que a él se pareciera!

—Son hermanos, —aclaró precipitadamente el gobernador—. Lady Denver tuvo la gentileza de acompañar a su hermano cuando éste Fue nombrado secretario mío.

—No dudo que estaréis a gusto en esta isla, señora-dijo el corsario —, pero también supongo que sentiréis nostalgia de Londres.

—Cuando vuestro barco se hace muy conocido en determinados parajes, señor corsario —intervino Lord Denver—, ¿qué soléis hacer?

—Cambio de singladura-replicó secamente Foster.

—Que en lenguaje de tierra podemos llamar cambiar de ambiente. Eso es lo qué Hermione hizo.

El gobernador tomó de nuevo la palabra para invitar a sus agasajados a respirar la aromada brisa de los jardines que refrescaba la cercana terraza.

Pasaron los cuatro al lugar señalado, y los ocho corsarios, silenciosos y siempre como estatuas impávidas, fueron a ocupar, distanciados, sus puestos de permanente vigilancia.

Pretextó Hermione que prefería pasear por la terraza, y Hugh Foster se brindó a acompañarla, mientras el gobernador y su secretario permanecían sentados, sorbiendo el digestivo vino de Oporto.

—Debe ser interesante vuestra vida, señor-dijo ella, sin abandonar su hierática postura, que significaba mudamente que sé consideraba toda una dama condescendiendo —a alternar con un corsario que aun no había sido ennoblecido por título real.

—No carece de variedad, milady.

—¿Cuándo zarpáis?

—Al amanecer. Rumbo a Londres. Terminé ya mi misión en este viaje.

—¿Cuál era vuestra misión?

—Vender los esclavos que adquirí en Sierra Leona.

—Un comercio que debe seros muy productivo, ¿no es así?

—Recompensa lo suficiente, milady.

—Sois parco en palabras.

—Soy un invitado, y este lugar no es la cubierta de mi barco, milady.

—Por lo visto, tenéis otro estilo oratorio cuando pisáis maderos flotantes —burlóse ella.

—En efecto. Si estuvierais conmigo a bordo del “Flying Heart”, os diría, por ejemplo, que presumo que tenéis poco afecto por vuestro hermano, y que es recíproco.

—Mi germano sólo teme en el mundo a uña cosa: al ridículo. Y muchas de las cosas que en Londres hice fueron para ponerle a él en evidencia. Y las repetiría siempre que la ocasión se me presentara, si con ello sabía que Barton quedara mortificado.

Súbitamente, Hermione contempló al que paseaba junto a ella. Y con la misma decisión repentina, dejó de ser una desdeñosa dama para convertirse en una consumada coqueta segura de su finalidad.

—Según parece por la fama que os procede, sois hombre de buena fortuna. Replicadme sin falsa modestia.

Si a Hugh Foster le extrañó la variación en la actitud de su interlocutora no lo demostró.

La conversación fue haciéndose hasta que Hermione llegó al planteamiento de su propósito.

—Dijisteis que ibais a zarpar rumbo a Londres. ¿Me admitiríais como pasajera?

Hugh Foster no replicó inmediatamente, y Fue ella la que añadió:

—Sois corsario real y muy famoso. Tengo la certidumbre de que también sois caballero.

—¿Qué os proponéis, milady?

—Dos objetivos: reaparecer en Londres dando pábulo a muchos comentarios, porque no me resigno a volver acogida con indiferente olvido, y, por encima de todo, lograr que mi hermano sufra una hiriente mortificación.

—Explicadme dónde reside la mortificación, milady.

—Barton teme el ridículo por encima de todo, y se reirán de él cuando todo Londres sepa que yo, voluntariamente, huí de Saint-James en compañía de... de un corsario.

—En efecto. Podéis contar conmigo para ayudaros, milady. Mi velero zarpará a las seis de la madrugada. Hasta dicha hora os aguardaré.

—Iré sin falta.

—La noche es buena consejera. Pensadlo mejor, milady. Buenas noches.

Antes de que ella pudiera replicar, el corsario estaba ya despidiéndose del gobernador y de su secretario, y marchó encuadrado entre sus ocho centinelas.

Al amanecer, Hugh Foster acogió sin comentario alguno la llegada di Lady Denver, cuyo voluminoso equipaje era transportado por dos esclavos.

Limitóse el corsario a destocarse el chambergo, y poco después el barco zarpaba. Ya en alta mar, sufrió Lady Denver una impresión que logró apartarla de su habitual reserva glacial.

Dos corsarios entraron sin previo aviso en su camarote y, sin una palabra, la llevaron a cubierta con rudeza, atándola por las muñecas a una cuerda que pendía de una verga.

Hugh Foster, brazos cruzados, se detuvo a dos pasos de distancia de la furibunda inglesa, mientras los silbatos de los contramaestres congregaban en cubierta a la tripulación entera.

Con voz altisonante, Hugh Foster empezó a hablar:

—Presenciaréis el castigo que dictamino contra la mujer que menospreció mi calidad de corsario real, queriéndome emplear como comparsa para uno de sus caprichos. ¡Cabo de varas! ¡Diez!

Terminó su frase, adelantándose y rasgando el tejido que cubría las blancas espaldas femeninas.

Lady Hermione Denver gritó:

—¡No tendrás tal osadía, Hugh Foster! ¡Pediré justicia a la reina!

—A bordo de mi barco no hay más autoridad que la mía, Hermione Denver. Cumple mi orden, cabo de varas.

Más que el dolor, Fue la vergonzosa humillación la que hizo brotar de los ojos de la inglesa quemantes lágrimas de ira.

Cuando el robusto ejecutor asestaba su noveno varazo, Lady

Denver dobló la cabeza sobre el pecho, pendiendo inerte por las lastimadas muñecas.

Hugh Foster contó impasible en voz alta el décimo golpe, y entonces dio orden de encerrar a la desvanecida en el hediondo camarote destinado a los amotinados.

Lady Denver permaneció encerrada días y días, sin ver más que a un corsario que mudamente depositaba encima del camastro víveres de la ración de marino y agua.

Un día entraron en la celda dos corsarios que la maniataron a uno de los grilletes que colgaban del tabique.

Entró Hugh Foster, que por espacio de unos minuto» pareció disfrutar enormemente oyendo los improperios, que le dedicaba Lady Denver.

—...¡y en Londres te haré matar!

—Sabed que quien atente contra mi vida sufrirá todo el rigor del Tribunal del Mar. Soy un corsario real. Recordad que os aconsejé que meditarais. No sirvo para ser juguete de caprichosas y altivas cortesanas que me miraron como vos lo hicisteis en la noche de la cena del gobernador. ¿Deseabais una entrada en Londres digna de vos? Bastará que digáis que os hice azotar por haber flirteado con mis tripulantes, pese a mis reconvenciones. Sólo yo sabré que es mentira. Pero la fama que os reconoció vuestro propio hermano, me dará la razón. Y así nunca me olvidaréis, Lady Denver. Os equivocasteis cuando me supusisteis un corsario común. Nací en un castillo de Escocia, amiga mía. Y no tolero desprecios de nadie, y mucho menos de quienes, como tú, son de mi misma categoría.

Lady Denver guardó silencio, evitando el mirar al corsario para que éste, no pudiera leer en sus ojos el indescriptible odio que dominaba a la consentida aristócrata.

Hugh Foster acercóse y levantó rudamente la barbilla femenina.

—Uno de mis oficiales conoce tu historia amorosa, Hermione. Afirma que amas el escándalo porque te gusta llamar la atención. Pero que cuantos hombres te conocieron maldicen de ti, porque eres la perfecta coqueta. Les enardeciste, insinuando, prometiendo, para luego burlarte de ellos. Pero eso sólo lo comentan los hombres entre sí cuando beben en demasía. Te creaste fama de casquivana...

—¡Y ningún hombre puede vanagloriarse de haber conseguido de mí la menor cesión!

—Imprudentes palabras, Hermione —dijo el corsario, acercándose más a ella—. Pronto llegaremos a aguas inglesas de la isla de Wight. Allí quedarás libre de bajar a tierra o quedarte a bordo, hasta que me dirija al Támesis con mi velero.

La abrazó violentamente, e iba a besarla, cuando sonaron agudamente los silbatos de alarma. Corrió el corsario, abandonando a su indefensa presa y saliendo del camarote.

Por espacio de media hora entablóse1 un desigual combate entre el poderoso velero inglés y el navío negrero portugués.

Una hora después, Hermione Denver gritaba vanamente en petición de auxilio. La última ofensa, la más atroz, se consumó cuando el corsario abandonó el camarote...

Quedóse Hermione con los ojos dilatados en salvaje desesperación, y cuando poco después reaparecía Hugh Foster, Hermione Denver escupió su intenso odio en frases do vehemente coraje.

Pera le quedaba por oír la última afrenta. Contra sus acusaciones, el corsario ostentó una mueca burlona, que por fin aclaró:

—Te confundes, Hermione. Después del combate, quien entró en este camarote no fui yo. Fue Hart Mulliner, un hombre al cual yo corté el párpado izquierdo, cuando me di cuenta del gran parecido que conmigo tenía. Es el que me sirve para misiones de peligro, tal como la que pronto realizará en Lisboa. Le ordené que viniera a visitarte amorosamente, orden que acogió gustosísimo. ¡Así no podrás siquiera vanagloriarte en Londres de que yo, Hugh Foster, condescendí en besarte!

Siguieron otros largos días en los que Lady Denver incubó su odio hacia el corsario, y en un amanecer, al inmovilizarse el barco, Hugh Foster descendió a su camarote.

—Podrás bajar a tierra cuando te apetezca, Hermione.

—Quiero entrar en Londres a bordo de este velero.

—Piénsalo. Vuelvo a aconsejártelo. Adiós.

Dirigíase ya el corsario hacia la puerta, cuando se detuvo y volvió la cabeza, mirando desdeñosamente por encima de su espalda a Lady Denver.

—Te advierto, milady, que serás una dama inteligente si, cuando me veas en la corte, finges no conocerme. Adiós.

Cuando dos corsarios liberaron a la prisionera, ella subió a cubierta. No tenía más que una idea: vengarse del hombre que le había impuesto una doble humillación cruenta.

Vio a un sujeto barbudo y musculoso subir portando un voluminoso hato del que sobresalían empuñaduras y guardas de armas.

Logró hablarle en voz baja, pidiéndole una daga corta, dándole dinero y anunciándole que iría a recoger el arma por la noche.

Sabía ella que le sería imposible hacerse con ninguna arma a bordo.

Y por la noche abandonó el velero donde tan trágica travesía había realizado.

CAPÍTULO IV

G a t c o m b e

Iñigo de Toledo, enrojecido el desnudo tórax por los reflejos de las llamas de su horno, maniobraba con las tenazas, que hábilmente sujetaba con una mano.

Apartó el metal del fuego, introduciéndolo en el agua, y sólo entonces dióse vuelta para enfrentarse con la mujer que acababa de entrar en su tu taller.

—Buenas noches, señora... —e hizo ademán de dirigirse a la sala vecina.

—Aguarda, buen hombre-dijo imperiosamente ella —. ¿Dónde ibas?

—Al aposento donde almaceno mis armas ya terminadas,

—Tú no eres inglés.

—Soy español. Llevo muchos años cautivo de Hugh Foster.

—Entonces... sé que no me traicionarás. Temí que me delataras a los corsarios. Tráeme la daga que te pedí.

El toledano abrió la puerta de la habitación contigua, donde estaban el Tirata Negro y “Piernas Largas”.

Tanto el forjador como el andaluz quedáronse asombrados al ver el rápido y silencioso movimiento con que el Pirata Negro saltaba hacia la puerta entreabierta, tras la que se escudó...

Hizo una seña al forjador para que se detuviera, pues éste se disponía a salir al oír voces en su taller.

La conversación Fue netamente audible. Y el Pirata Negro percibió las figuras de tres corsarios que en el umbral de la forja obstaculizaban la salida, mientras otro aproximábase a Lady Denver.

—Os hemos, seguido, señora. Uno de los tripulantes, que no

pudisteis ver porque estaba sentado tras un cordaje arrollado, os oyó pedir al español una daga corta.

—La pedí porque no hay ley alguna que prohíba a una dama de mi alcurnia comprar un acero toledano-replicó con firmeza Lady Denver.

—Hugh Foster me advirtió de que posiblemente intentaríais darle muerte. Os detengo bajo la acusación de conspirar contra la vida de un corsario real.

Avanzaba el oficial corsario un paso, cuando se detuvo. Del aposente vecino acababa de salir un hombre, que, en perfecto inglés, decía zumbonamente:

—¿Consultamos a la señora si está de acuerdo en dejarse detener?

Y, a medida que hablaba, el Pirata Negro adelantóse hasta interponerse entre Lady Denver y el oficial corsario.

Éste desenvainó rápidamente, imitado por sus tres satélites. Ceñuda y silenciosamente, los cuatro hombres cargaron contra el imprudente que osaba desafiar a los corsarios de Hugh Foster.

La tizona toledana recién regalada por Iñigo el forjador, entró en acción, llameando flexible en molinete circular,.con el que detuvo la primera acometida.

Lady Denver retrocedió, porque las espadas entrechocando le cerraban el paso hacia la puerta.

En el interior de la habitación vecina, Iñigo de Toledo hizo ademán de precipitarse fuera empuñando un pesado martillo, pero “Piernas Largas" le detuvo, asiéndole por e r hombro.

—Deja solo a mi jefe, forjador.

—Pero... ¡son cuatro contra él!

—Hasta diez es el número que mi jefe consiente. Y no perdonaría que nos entrometiéramos en sus asuntos particulares. Conque, compadre, quieto, y a esperar que los embroche.

Uno de los corsarios cayó atravesado de parte a parte por el cuchillo que con la izquierda manejaba Lezama, mientras otro, más cercano, gorgoteaba siniestramente por su cuello agujereado de recia estocada.

Saltó hacia atrás el Pirata Negro, a la vez que sacaba de sus vainas humanas las dos armas, con las que paró ágilmente la doble acometida de los supervivientes.

El oficial era un hábil esgrimista, y prodigaba largos golpes en fintas peligrosas. Palideció al ver que el tercer corsario, después de un intercambio veloz, quedaba arrodillado, cercenada la yugular por un atroz tajo del ancho cuchillo.

A solas con el oficial, Carlos Lezama trabó en fuerte contraparada, y, al tenderse a fondo, el oficial corsario abrió los.brazos en cruz, soltando su espada ya inútil.

El Pirata Negro secó las dos armas en, las ropas del oficial antes do envainarlas de nuevo.

Volvióse, y, con leve reverencia, anunció:

—Me complace anunciaros, señora, que ya no corréis peligro de ser acusada de conspiración. Esos cuatro testigos han quedado mudos definitivamente.

Hermione Denver contempló en silencio, pasmada interiormente, aunque sin demostrarlo, al hombre atezado y vestido de negro.

Carlos Lezama acariciόse el lóbulo de la oreja, y aquel gesto de meditación puso de relieve los dos aretes de oro que colgaban, resaltan do junto al negro cabello en que veíase alguna que otra estría blanca.

Pero su rostro juvenil, aunque sombrío, y su gallarda apostura, hablaban de acciones arriesgadas...

—¿Quién sois? —inquirió ella.

—Charles Lazyman, irlandés.

—¿Hombre de mar?

—Habitualmente, sí..

—He presenciado muchos duelos, y la ciencia de esgrima no me es desconocida. Vuestra soltura y rapidez con la espada son asombrosas.

—Fui maestro de armas.

—¿Sabéis quiénes son los hombres a los que acabáis de dar muerte?

—Cuatro hombres que pretendían deteneros, supongo que contra vuestra voluntad. Y en Irlanda nos (Minean como a los españoles en el culto de la galantería, señora.

—Eran corsarios de Hugh Foster.

—Fuesen de quien fuesen, eran cuatro hombres contra una mujer. Justo era que apareciese alguien, y dio la casualidad que me

hallaba en el aposento vecino, donde elegía arma para comprarla.

—Pero ¿no sabéis quién es Hugh Foster?

—Creo que es un corsario de los tantos que hay por los mares.

Lady Denver sentóse, apartándose del cálido vaho de la forja.

—Soy Lady Hermione Denver. Vine a comprar una daga corta con la que matar a Hugh Foster. —Tenían razón ni pretender detenerme estos hombres que vos tan oportunamente silenciasteis para siempre.

—Extraña leu que equipara a conspiración el hecho de que una bella dama intente dar muerte a un corsario. Una dama como vos, milady, s lo con motivo razonado puede intentar matar a un ser humano.

—¿Sois rico? —preguntó de pronto ella, al parecer incongruentemente.

—Tengo lecho dondequiera que vaya y comida caliente. Ambas cosas puedo pagarlas.

Mientras hablaba, el Pirata Negro Fue arrastrando los cuatro cadáveres hasta colocarlos tras un alto yunque, con lo que quedaron invisibles desde el exterior.

Lady Denver pensaba rápidamente, y examinó con fijeza los rasgos faciales del pretendido irlandés.

—No os di las gracias por vuestra intervención, señor Lazyman.

—Vos poseéis todas las gracias, milady. Yo no hice más que lo que hubiera hecho cualquier irlandés en mi lugar.

—¿No os picó la curiosidad mi pregunta acerca de si erais hombre de fortuna?

—Nunca pregunto, porque siempre espero que me aclaren lo... que no entiendo. Soy levemente obtuso.

—Para hombre de mar, habláis con inteligente ironía.

—Desde temprana edad me habitué a frecuentar todos los ambientes, tanto en litorales como en tierra adentro. pocas ladies traté, y en verdad debo añadir que ninguna dama hallé tan encantadora.

—Hicisteis antes una comparación exacta. Irlandeses y españoles tienen de común la genialidad, y la galantería: me complacen ambas cualidades en caballero tan viril como vos —dijo ella con.frialdad— ; pero, por el instante, me acucian imperiosos deseos muy distintos a los que me puedan permitir oír, con benevolencia

vuestros madrigales.

—Me queda, pues, un resquicio de esperanza-dijo el Pirata Negro, con seca entonación.

Lady Denver volvió a mirar a su interlocutor con la misma atención con que un perito examina un objeto cuya clasificación le ofrece dudas.

—¿Me permitís una impertinencia, milady?

—En quien como tos acaba de salvarme de un gran peligro, la pregunta es obvia. Podréis ser rudo, pero confío que no dejaréis de ser galante y espiritual. ¿Cuál impertinencia tengo que consentiros?

—Estabais mirándome con cierta expresión, que, si me toleráis el símil, tenía gran parecido con la ojeada que los tratantes de ganado echan a un bruto antes de comprarlo.

Rió ella suavemente, sin ruido ni alegría.

—Vuestra ruda franqueza me complace, señor Lazyman. Habéis confesado que sois hombre de mar en ocasiones, maestro de armas en otras. De arabas cosas no dudo por vuestra tez, los aretes de oro y vuestra manera de combatir. Decidme ahora si me equivoco al suponer que a veces habéis alquilado esta espada.

—Esta que ahora llevo, no. Es una tizona toledana que hace pocos minutos elegí en esta forja.

—Tenéis toda la apariencia del caballero de fortuna: hoy aquí, mañana allá. Manejáis la espada con asombrosa efectividad. ¿Queréis ser mi *chevalier servant*?

—Serviros a vos, milady, es un inmenso honor... cuando sepa en qué debo serviros.

—Mil libras de oro por una semana a mi servicio.

—De mucho peso es el argumento. ¿Y el servicio?

—Tendré que explicaros algo que ignoráis. Sentaos... Por cierto, ¿por qué el forjador no viene? Entró en aquel aposento...

Elevó la voz el Pirata Negro para replicar:

—Tened en cuenta que acabo de tener una discusión con cuatro corsarios en su propia casa. Justo es que esté atemorizado y no quiera salir hasta que vos y yo nos vayamos, juntos o por separado.

—Os confesé ha poco que pretendí adquirir una daga corta para matar a Hugh Poster. La hubiese ocultado entre mi ropaje y hubiese dado muerte al corsario cuando éste subiese a bordo, aunque después me despedazasen sus hombres.

—Joven y bella sois para sacrificar vuestra vida en pos de una venganza.

—Si no os hubiese encontrado, hubiese persistido en mi propósito. Pero por mi calidad de inglesa, suponiendo que los corsarios no me hubiesen dado muerte, habría sido encerrada en la Torre de Londres. Vos, un caballero irlandés, podéis hallar la ocasión de retar públicamente a duelo a Hugh Foster. Nadie lo osa, porque, espada en mano, Hugh Foster es temible. Pero os he visto luchar. Por eso os ofrezco mil libras. Venid conmigo a Londres, y yo os daré ocasión de veros frente a frente con Hugh Foster.

—¿Para qué ir a Londres? Cerca de aquí está Gatcombe, que creo es el lugar donde Hugh Poster, cuando viene a la isla de Wight, reposa misteriosamente. Hay quien pretende que ahí conserva celosamente a su esposa, con la que se casó secretamente.

—Gatcombe es un lugar donde nadie puede penetrar.

—¿Por qué?

—Está en el centro de una selva laberíntica llena de trampas. Esclavos negros y dogos guardan aquella mansión.

—Habéis hablado de trampa. Yo podría también imaginar alguna que quizá nos permitiera llegar hasta la misteriosa casa de Gatcombe.

—Por más ingenio que poseáis, y aun suponiendo que reunierais un centenar de mercenarios, no podríais realizar vuestro propósito. Sería imposible.



—Mil libras de oro por una semana de servicio.

—Todo es imposible antes de intentarlo, milady.

—Hubo quien lo intentó, y tenía todas las ventajas para triunfar. Cualquier habitante de Wight os lo explicará, porque Fue un suceso que tuvo mucha resonancia. Un corsario enemigo de Hugh Foster, desembarcó con toda su tripulación. Sumaban dos centenares, y eran hombres duchos en todos los ardides de combate. Sólo uno logró escapar y en la agonía explicó lo sucedido: una espantosa carnicería en la que los fosos y los lazos inesperados facilitaron la labor de los salvajes negros.

—Si tan inviolable es su fortaleza selvática, puede recurrirse a otro procedimiento. De Gatcombe al muelle donde está anclado el “Flying Heart” hay una distancia por tierra. ¿Qué escolta le llevó hasta su misterioso antro?

—Diez negros y el mismo número de dogos. Pero Hugh Foster aparece impensadamente. A nadie comunica su intención de regresar al velero.

—Bastaría esperarlo...

—Hugh Foster ha elegido esta isla y Gatcombe porque cuenta con una organización que hace imposible toda emboscada.

—Se me antoja poco difícil sorprenderlo en el camino de regreso hacia; su velero.

—Deberíais conseguir algunos hombres, porque vos solo, por mejor luchador que seáis, tendríais forzosamente que perder en tan desigual combate. Y con vuestros hombres tendríais que aguardar en algún paraje comprendido entre Gatcombe y el muelle, ¿no es así?

—En efecto.

—Otros han intentado la misma artimaña. Perecieron.

—Serían inhábiles.

—No dependía de su mayor o menor habilidad. Dependió de los naturales. Entre los isleños hay muchos asalariados por Hugh Foster para que vigilen escondidos el camino entre el muelle y Gatcombe. Ellos mismos advierten al corsario cualquier peligro que le aceche. Ved, pues, que no hay posibilidad alguna de vencer a Hugh Foster en esta isla.

El Pirata Negro acariciόse meditativo el fino bigote con el meñique izquierdo. Al fin, asintió.

—Creo que tenéis razón, milady. La única probabilidad de vencer a Hugh Foster en la isla de Wight se desdobla en dos labores: matar uno por uno a todos los isleños y después prender fuego a la selva de Gatcombe. Y ésa es mucha tarea. Tendré, pues, que aceptar vuestra oferta. Os acompañaré a Londres.

—Entre la isla y la capital de Inglaterra hay un barco correo que efectúa su viaje cada tres días al amanecer. Zarpa dentro de unas horas. Podemos ya dirigirnos hacia allá y tomar pasaje.

—¿Qué barco es? —

—El “Coast Travel”.

Levantóse ella, recogiendo los pliegues de su capa.

—Iré a bordo del “Coast Travel” antes de que zarpe, milady.

—¿Por qué no me acompañáis ahora mismo? ¿No estáis ya a mi servicio?

—Seré vuestro *chevalier servant* cundo estemos en Londres. Por el momento, milady, tengo otros quehaceres, que me tendrán ocupado varias horas.

—Sois algo misterioso, señor irlandés. ¿Es acaso alguna mujer la

que os impide acompañarme ahora mismo?

—Imitadme, milady. De idéntica manera como yo no h® inquirido los motivos que tenéis para querer vengaros de Hugh Foster, no me sometáis a interrogatorios, si os queréis evitar el oír mentiras por respuestas.

Lady Hermione Denver encogióse de hombros.

—Es proverbial la testarudez y originalidad de los nacidos en Irlanda, señor Lazyman. Pero también es conocida la cualidad que los irlandeses poseen de hacer honor a su palabra. Cuento, pues, con vos, y os aguardaré hasta el amanecer en el “Coast Travel”.

Dirigíase ella hacia la puerta, cuando el Pirata Negro colocóse a su lado y juntos salieron de la forja.

—Os acompañaré al barco, milady. A estas horas, una mujer como vos, puede correr peligro.

—Agradezco la galantería espontánea... ya que no estáis aún a mi servicio-dijo ella con sarcasmo evidente. Apoyó su mano en el antebrazo de Lezama mientras caminaban hacia el muelle, y, ante el persistente silencio de su acompañante, Lady Denver añadió: —Tengo la impresión de que si no tenéis inconveniente en prestar vuestra espada a buen precio, es, en cambio, difícil que os entreguéis incondicionalmente a quien os paga.

—Posiblemente reinará entre nosotros dos una grata armonía, milady, si eludís el hablar de salarios y pagos.

—¿Tan quisquilloso sois?

—El tiempo os lo dirá. Bien, milady, hemos llegado. Dentro de unas horas vendré a bordo.

Hermione Denver subió la escalera-pasarela que conducía a cubierta del barco correo. Varias veces volvió la cabeza para contemplar al hombre que so alejaba hacia el interior, y cuya atlética figura, vestida de negro, tenía para Hermione no tan sólo la atracción varonil, sino la picante curiosidad de un enigma.

Porque para la aristócrata, si bien no le cabía la menor duda de que el irlandés Charles Lazyman era un aventurero, existía un interrogante: ¿Qué hacía en Wigth Charles Lazyman? ¿Por qué en su fría cortesía había desinencias autoritarias?

La inglesa volvió a encogerse de hombros. Por el instante la única certidumbre que tenía era la de que su reciente conocido no era un aventurero vulgar.

* * *

El Pirata Negro, en la forja, obligó a "Piernas Largas" a repetir varias veces las extensas y complicadas instrucciones que habíale expuesto.

Cuando se cercioró de que su lugarteniente las había interpretado al pie de la letra, le asió del coleto.

—El menor fallo, andaluz, e iré a pedirte cuentas en el infierno.

—Confía en mí, señor, y en "Cien Chirlos" y todos tus hombres. Sabremos cumplir punto por punto.

El Pirata Negro levantóse, señalando en ademán circular el taller.

—Tu última labor aquí, Iñigo, será la de prender fuego a este chamizo tan pronto mis hombres hayan puesto a buen recaudo tus armas. No puedes seguir aquí, porque, tarde o temprano, los otros corsarios vendrían en tu busca y la de sus cuatro compañeros., Hasta pronto.

El forjador y "Piernas Largas" quedáronse en el umbral viendo como se esfumaba en la noche la silueta del Pirata.Negro, en dirección al muelle.

Iñigo de Toledo silbó admirativamente mientras penetraba de nuevo en el interior de su forja.

—Este caballero posee un ingenio maravilloso. Lo que ha tramado es ardid que ni a un pirata del Caribe se le ocurriría.

A las palabras del toledano, "Piernas Largas" opuso la torcida sonrisa de sus dientes renegridos.

—Mi jefe es el caballero con más talento que he conocido. Y en talentos entiendo, toledano, porque yo mismo tengo mucho.

La cadena humana que partiendo del "Aquilón", anclado en Branding Harbour, llegaba hasta las cercanías de Newport, se replegó de nuevo, y cuando, además de Iñigo el forjador y sus armas, estuvieron todos a bordo, "Piernas Largas" repitió incansablemente las instrucciones del Pirata Negro.

De la forja del toledano, pasto ya de las llamas, sólo se habían salvado las armas... y cuatro atuendos de corsario, con la placa distintivo de los tripulantes del "Flying Heart"...

SEGUNDA PARTE

LONDRES

CAPÍTULO I

La Corte de la Reina Ana

Sucesora en el trono y sobrina de Guillermo III, Ana de Inglaterra continuó la guerra con Francia, en la que su caudillo, el duque de Marlborough, obtuvo.una serie de brillantes victorias, basta el año 1710.

En aquel año la situación en la corte de Londres varió profundamente. Débil de cuerpo, insignificante espiritualmente y accesible a las influencias de otras personas, la reina vivió, desde el principio de su reinado, en 1702, basta el año 1710, totalmente sometida a la influencia de su amiga, la hermosa Sara Jennings, y del esposo de ella, John Churchill, que recibió de Su, Majestad el título de duque de Marlborough.

Desde su más tierna infancia, Ana había vivido en las más familiares relaciones con Sara Jennings, por lo que, a su advenimiento al trono, Sara Jennings convirtióse en la primera dama de la corte e imperaba en ella, dando con ello ocasión a que su esposo ocupase Una posición preponderante, gracias también a su talento diplomático y a sus dotes militares, que le convirtieron en verdadero soberano de Inglaterra y en jefe de la oposición contra Luis XIV

Pero en junio de 1710 ocurrió un cambio súbito: la reina, disgustada con la ambiciosa duquesa de Malborough, que tanto la dominaba, eligió nueva favorita y dio un rumbo diametralmente opuesto a la política hasta entonces impuesta por Sara Jennings.

Su nueva amiga era Lady Marshall, y n la vez que la duquesa de Marlborough caía en desgracia, la reina Ana apoyó a los tories contra los *wihigs*, aprovechando para tal cambio de tendencia el hecho de que los *tories* habían obtenido la mayoría en las nuevas elecciones.

Influyó mucho en la elección de Lady Marshall el hecho de que ésta, ya durante el apogeo de la influencia de la duquesa de Marlborough, había intrigado abiertamente a favor de los tories.

Y ahora Lady Marshall triunfaba en toda la línea, ya que los dos jefes de los tories, que ocupaban los dos primeros puestos del Gobierno, Lord Bolingbrooke y Harley-Oxford, eran asiduos concurrentes a las tertulias de Lady Marshall, a la que el rumoreo popular atribuía ciertos intentos de consolar su viudez alternando sus preferencias entre Lord Bolingbrooke y el apuesto Harley-Oxford, que mutuamente, y pese a profesar las mismas ideas políticas, se odiaban de todo corazón.

Tal era la situación cuando, a mediados de julio del 1710, ante el domicilio particular de Harley-Oxford en Archer Road, vino a detenerse al atardecer una carroza en cuya portezuela aparecía en relieve el blasón de los Denver.

De ella se apeó un caballero joven y atildado hasta la exageración. Su atuendo era espectacularmente rebuscado: tricornio de seda blanca, rubia peluca de grandes rizos que le cubrían las espaldas, casaca de floreada tela, calzas de seda gris, medias del mismo tejido y color, y zapatos bajos de hebilla de oro.

Una gorguera de abundantes encajes caía en cascada sobre su pecho, arrancando de las vueltas de seda que a modo de prieto coleto le envaraban el cuello.

Oculto bajo la casaca llevaba un espadín, del que sólo sobresalía la guarda, y además sostenía indolentemente en su diestra un bastón de marfil…

El rostro enmarcado por la sedosa y perfumada peluca era juvenil, petulante y de rasgos regulares y hermosos, aunque soberbios en la expresión.

Cuando ante él se inclinó ceremoniosamente un mayordomo, él elegante sujeto hurgó entre su gorguera de encajes, dejando al descubierto un cinto negro del que pendía una varilla de nácar rematada en un lente de aumento que destellaba bajo la luz, y a través del cual asestó una ojeada al lacayo.

—Hola, James. ¿Está tu amo en casa?

—El señor tendrá una gran alegría al recibir la visita de milord.

Recogió el mayordomo el tricornio y el bastón de Lord Barton Denver, y éste pasó a un saloncito donde, a los pocos instantes, a

toda prisa y alborozado, entró un caballero que rondaba la cuarentena, apuesto y de franca faz inteligente.

Harley-Oxford abrazó cordialmente al hermano de Lady Denver.

—Bienvenido, Barton. Cuando James me anunció tu visita, no quería creerlo. Te suponía ejerciendo tu cargo de secretario del gobernador de muidla bárbara isla de las Antillas, Renuncié al cargo y presenté mi dimisión. Conseguí pasaje a bordo de la fragata del capitán Graham Murphy, y mi primera visita tan pronto he llegado ha sido para ti. No en balde fuimos compañeros de juegos infantiles, y tú eres quizá el único hombre honrado e inteligente que conozco y al que respeto.

Rió el jefe tory, mientras ambos se sentaban. Con su petulante afectación de negligente indiferencia, Lord Barton, aunque íntimamente desasosegado, hizo la premunía que en realidad era el objeto de su visita.

—¿Has tenido noticias de Hermione?

—Ninguna —replicó Harley-Oxford, con cierta extrañeza.— Pero ¿no vino contigo?

—Se aburrió de la isla antillana antes que yo. La suponía ya en Londres —y Barton Denver levantó un extremo de su labio superior, descubriendo unos dienten blanquísimos, en mueca desdeñosa—. Ya saltes que mi querida hermana profesa en su vida privada costumbres muy a lo whig. Por cierto, ya que de ello hablo, que te felicito sinceramente por tu triunfo. Entre tú y Bolingbrooke y la dama de corazones Marshall, pronto seréis los amos de la opinión pública.

La conversación derivó hacia cauces políticos. Para Lord Denver quedaba disipada una incertidumbre: por lo que fuese, su hermana no había hecho su presentación en Londres acompañada por el corsario Hugh Foster, tal como le había anunciado por una carta que dejó en su alcoba de la isla de Saint-James.

Cada una de las palabras de aquella carta estaban grabadas en la mente de Barton Denver, que ahora, mientras, al parecer, escuchaba atentamente al prohombre político, iba repitiéndose los párrafos escritos con la firme caligrafía de Hermione:

> “Barcarta >
> “He decidido regresar a Londres. Hugh Foster me

ofrece u camarote a bordo del “Flying Heart”. Tus conocidos y tus aduladores de Londres se reirán mucho de ti cuando me vean aparecer en compañía del elegante corsario. Espero que, para evitarte tal ridículo, tardarás en venir a la capital.

Deseando que pasen muchos años antes de volverte a ver, hago cariñosos votos para que una fiebre antillana te reduzca a esqueleto.

Hermione.”

Pero bajo su aparente máscara de petulancia y fatuidad, Barton Denver poseía un carácter valiente y decidido, aunque también carente do escrúpulos.

El cinismo de que blasonaba era verdadero y espontáneo, y decidió anticiparse al ridículo, dispuesto a dar con su. presencia en la corte escasas ocasiones para que se burlasen de él.

Le complacía haberse anticipado a la llegada de Hermione, con lo que, cuando ésta se presentase, podría adoptar la actitud que mejor le conviniera: o ser el primero en tomar a chacota el nuevo “capricho” de Hermione, o bien adaptarse cínicamente a los comentarios.

Aprovechó unas palabras de Harley-Oxford referentes a la escuadra, para inquirir casualmente:

—Tuve noticias de que el corsario Foster se dirigía hacia Inglaterra. ¿Presentóse ya a la reina?

—Está en su guarida de Wight. Es esperado de un momento a otro; Precisamente su llegada va a dar motivo a un gran escándalo…

Lord Denver no perdió un ápice de su impasibilidad, pero aguardó ansiosamente la continuación de la frase del político.,

…porque los *whigs* han decidido hacer una interpelación en la Cámara, pretextando que es ignominioso para la nación que Hugh Foster cuente con el apoyo de los *tories* para poseer en tierra inglesa esclavos y una mansión en la que nadie, ni la propia representación de la justicia, puede penetrar.

—En realidad, tus adversarios políticos tienen razón. Hugh Foster cuenta con el apoyo de tu partido.

—Foster supone grandes ingresos para las arcas reales. Personalmente, le atesto; pero como hombre de Estado tengo que

reconocer que nuestros corsarios son los que van creando una futura raza marinera de gran envergadura que algún día imperará en todos los mares. Las hazañas de sujetos como Foster impulsan a la juventud a dirigir y encaminar sus vocaciones hacia el mar. Y para vivir en nuestro espléndido aislamiento debemos crear marinos y formar la, más poderosa de las escuadras...

Barton Denver bostezó delicadamente cubriéndose los labios con dos dedos.

—La política me aburre, Harley.

—Siempre he lamentado que no dediques la inteligencia que posees a mejores fines, Barton. Hay lugar para hombres como tú en mi gabinete...

—No, gracias. He venido a reposar. Ahora que ya te he visitado, me iré al club. Quiero ponerme al corriente de las recientes intrigas palaciegas.



Antes de dirigirse al club, Lord Denver pasó por su domicilio. Residía en casa distinta de la de su hermana, de común acuerdo con ella.

Llamó a su criado de confianza y desde la carroza le dictó sus instrucciones.

—Irás al Embankment, y tan pronto apercibas el velero “Flying Heart” del corsario Hugh Foster, ven a buscarme.

El criado se presentó al mediodía siguiente, despertando al aristócrata.

—¿Avistaste ya el velero corsario?

—No, milord. Pero es que... Lady Denver ha desembarcado este mediodía del correo de la isla de Wight.

Arqueó Denver las cejas en sincera extrañeza, mezclada de cierto alivio.

—Entonces... ¿viene sola?

—La acompaña un caballero, mi-lord.

Meditó unos —instantes Barton Den-ver, basta que llegó a la conclusión de que era de todo punto imposible que Hugh Foster viajase en un barco correo.

—Descríbeme al caballero que acompaña a Lady Denver. ¿Es, acaso, muy rubio? ¿Tiene una cicatriz en un párpado que mantiene semicerrado? ¿Lleva guantes de seda roja?

—No, milord. El caballero que acompaña a milady viste enteramente de negro, es muy moreno y ciñe larga espada duelista...

—Bien-interrumpió Denver, satisfecho —. Ya tendré el honor de conocerle personalmente.

Empezó a vestirse ayudado por el criado y con el ánimo jovial. Por lo que fuese, su hermana había decidido no verificar su entrada en Londres en el velero de Hugh Foster, y, por lo tanto, se había ya esfumado el escándalo con el que Hermione le amenazaba en su carta de despedida.

* * *

Hermione Denver, acodada en la balaustrada del "Coast Travel", oteaba impaciente el embarcadero, buscando con insistencia la silueta del irlandés vestido de negro.

Faltaba escasamente un cuarto de hora para que el barco zarpase, cuando ella volvió a adoptar su continente de fría reserva.

Carlos Lezama subió la escalera y destocóse ante la inglesa.

—Vuestra despedida amorosa se prolongó, señor Lazyman. Temía ya que os olvidaseis de vuestra palabra.

—El alba se anuncia con brisa demasiado fresca, milady. Mejor estaríais descansando en vuestro camarote. Mientras, iré a pagar mi pasaje.

—Ya lo hice. Si venís a Londres, es porque os invité.

—Me agrada el eufemismo, milady. Y ahora, si no me ordenáis lo contrario, iré a dormir. No llegaremos basta el mediodía. ¿Os. acompaño?

—¿La queréis mucho?.. —preguntó inopinadamente ella.

—¿A quién?

—A la que tanto tiempo os llevó para la despedida. Hago esta deducción porque vuestra apariencia es de hombre apasionado y de carácter vehemente. Sin embargo, me habláis con helada cortesía.

—La cortesía lógica que distancia a Lady Denver de quien es solamente su chevalier servant a sueldo. Buenas noches.

Permaneció ella a solas hasta que el barco zarpó, alejándose de la isla de Wight, y en la oblonga bahía de "La Vaina del Puñal" los ojos de Lady Denver tardaron en perder de vista las luces del velero corsario en el que había conocido los dos mayores ultrajes que nunca hubiese imaginado le fueran inferidos en su orgullo y su

pudor,

Durmió desapaciblemente, atormentada por el recuerdo de Hugh Foster, y subió a cubierta cuando ya el “Coast Travel” iba inmovilizándose contra uno de los muelles del extenso puerto londinense.

Al saludo del Pirata Negro replicó ella con cierta amabilidad desusada. Todo el odio que sentía contra el corsario traducíase en esperanza al contemplar el sombrío aspecto y la varonil prestancia del luchador en quien veía plasmado el instrumento ejecutor de su venganza.

El sol del mediodía embellecía los contornos grises de los edificios de la capital inglesa haciendo resaltar el verdor de los parques por los que atravesaba el tílburi de alquiler, hasta que éste, obedeciendo una orden de Lady Denver, se detuvo ante un casa señorial situada en un barrio exterior.

La gran verja de entrada fue abierta por un obsequioso lacayo, y la grava del cuidado jardín crepitó bajo la, botas del Pirata Negro, en cuyo antebrazo derecho se apoyaba la mano de Lady Denver.

Al final de la escalinata y en el vestíbulo varias doncellas y lacayos se inclinaron respetuosamente, mientras un mayordomo, en nombre de tocia la servidumbre, daba la bienvenida a la dueña de la mansión… “haciendo votos para que el viaje de milady, de retorno a la patria, hubiese sido lo más placentero posible”.

Poco después, en una sala donde las vitrinas rebosaban de artísticas orfebrerías, Lady Denver señaló al Pirata, Negro un sillón frente a ella, mientras de la bandeja recién traída por el mayordomo cogió una copa cincelada en oro, que ofreció a su acompañante.

—He tenido el recibimiento usual, pero esta vez había una trágica ironía en las palabras de bienvenida del mayordomo.

—No hizo más que expresar su deseo de que hubieseis tenido un viaje feliz, milady.

Crispó ella sus delicadas facciones, mientras el Pirata Negro bebía el aromático vino de Madeira.

—¡Fue una continua pesadilla horrenda! —exclamó de pronto la inglesa. Pero recuperó con esfuerzo su habitual frialdad.— Si supierais lo ocurrido, señor, comprenderíais que Hugh Foster es el canalla más innoble del Universo.

Depositó el Pirata Negro la copa encima de la mesa,

continuando en silencio.

—¿No me preguntáis lo ocurrido, señor?

—Mí única misión se reduce a verme frente a frente con Hugh Foster. No tengo interés en saber lo que os ocurrió.

—Es ofensiva esta carencia de curiosidad, señor irlandés.

—Más ofensivo sería si os dijera que vuestras tragedias no me afectan en lo más mínimo, milady. Yo soy simplemente un brazo a vuestro servicio. Si peco por rudeza y falta de galantería, tened en cuenta que vos no buscasteis en mí a un hombre galante y delicado, sino a un espadachín matasiete. Y como tal me comportaré.

Los ojos de ella llamearon soberbios y airados.

—Entonces, ¡poneos en pie! Ahora mi mayordomo os designará vuestro aposento, donde aguardaréis mis órdenes. Os pagará la mitad por anticipado del precio que estipulamos.

El Pirata Negro levantóse.

—No llaméis a vuestro mayordomo. No quiero por ahora pago alguno. Me alojaré en una posada y allí aguardaré vuestros deseos. Que me acompañe un criado para que sepa dónde me alojo. Buenas tardes, milady.

Se dirigía él hacia la puerta, cuando Lady Denver exclamó:

—¡Aguardad!

—¿Es orden o deseo? —preguntó él deteniéndose y dando media vuelta.

—Sois exasperante, señor irlandés Pero... os vi esgrimir, y os necesita. Facilitadme la tarea, no siendo tan orgulloso.

—Pongamos ambos de nuestra parte la misma cesión, milady. Si no acato órdenes como un lacayo, obedezco ciegamente a la dama que sabe ser humana. No pretendo ser un caballero de la Tabla Redonda, pero quizá habríais hallado más eco en mí si, en vez de justipreciarme tan sólo como un espadachín, hubieseis visto en mí a un hombre dispuesto siempre a ayudar a quien sufre. Y ahora, ¿qué me ordenáis?

—Os ruego que os sentéis, señor. ¡Es extraño! —murmuró ella, mientras el Pirata Negro volvía a sentarse.— Más que un aventurero, me dais la impresión de ser un cadete de Irlanda, de buena cuna, viajando en pos de la aventura por impulso voluntario.

—No os extraviéis, milady. Agradezco vuestras palabras, pero atengámonos a la realidad. Os he acompañado para que me deis la

ocasión verme frente a frente con Hugh Foster. Eso es todo.

—Tendréis esta ocasión. Antes os quiero poner en antecedentes de varios hechos que me atañen. Tengo en Londres fama de caprichosa y voluble. Me exhibiré a partir de esta tarde en vuestra compañía. Iremos a recepciones donde sé que vuestra presencia suscitará muchos comentarios. Quizá oigáis veladas insinuaciones desfavorables para mi fama, si bien halagadoras para vos. Me convendría que adquirierais pronta fama de quisquilloso duelista.

—¿Por qué?

—Si retáis a los insolentes, que suelen ser los que confían mucho en sus dotes de esgrimistas, a nadie le extrañará que cuando llegue Hugh Foster lo retéis.

—Deseáis, pues, que me convierta en un gallo irlandés, ¿no es así?

—No creo que os sea muy difícil fingirlo —y por vez primera sonrió ella, divertida—. En parte me exasperáis, señor Lazyman, pero por otro lado vuestra compañía logra hacerme olvidar el infierno en que vivo desde que voluntariamente acompañé al corsario a su bordo.

—Supuse que os había raptado, milady.

—¿Por qué supusisteis tal cosa?

—Una dama de vuestra alcurnia no elige como medio de viaje un velero corsario.

—Os advertí que soy caprichosa… y confié en la galantería de corsario inglés. Pero Hugh Foster se comportó como el peor de los piratas antillanos.

—¿Por qué no le acusáis ante los tribunales?

—Él me desmentiría… y no lograría más que inspirar una hipócrita conmiseración burlona. Leo cierto desprecio en vuestra mirada, señor irlandés. No tengo por qué daros explicaciones, pero… quiero dároslas. Fui siempre caprichosa, pero nunca consentiría que hombre alguno de los que me cortejaron se sintieran atraídos por mi fama de mujer fácil. Me encantaba producir comentarios, sembrar escándalos… ¡Sonreís como un diablo atormentado! Os prefiero sin sonrisa…

—Excusadla. Fue motivada porque recordé una fábula. Presto crédito a vuestras explicaciones, y, por tanto, pensó en la fábula del pastor y los lobos. Os acomoda. Los demás vieron lobos donde

había corderos, porque vos os complacíais en suscitar el escándalo. Ahora... nadie os creería si clamaseis por vuestro pudor ofendido.

—¿Cómo habéis adivinado...? —dijo ella, ruborizándose levemente.

—Citasteis los peores piratas antillanos, milady. Y... ¡ahora contad conmigo!... Ho comprendido que habéis pagado demudado cruelmente uno de vuestros caprichos de damisela desocupada y tonta. Si no os halagan mis frases, lo lamento. Pero creo que estamos hablando con sinceridad, y por eso mismo os escucho con simpatía. No puedo reprocharos el que fuerais caprichosa, ni tampoco que os quemarais en fuegos que vos misma provocabais.

—Ningún hombre se atrevió a hablarme así, señor irlandés... Pero adivino que en el fondo hay cierta amistad en vuestra dureza. Nunca he tenido amigos ni amigas. Mi propio hermano es mi peor enemigo. Si me fui con el corsario, Fue porque quería ridiculizar a mi hermano. Sabía que los comentarios de la corte, dando por cierto lo que no... lo que no hubiese sucedido por mi voluntad..., irritarían el amor propio de Barton Denver. Ahora he olvidado ya a Barton... Sólo pienso en vengarme de Hugh Foster, y por eso os he rogado afectéis la insolencia de un gallo irlandés, fingiendo, además, ser mi nuevo cortejador. Procurad ser un cortejador extremadamente celoso.

—Quien os ame, milady-dijo el Pirata Negro, con burlona inclinación de cabeza —, siempre estará celoso.

—¿Elogio o insulto? Prefiero no profundizar. Hay en vos una extraña mezcla de caballero y... bandido. Las damas de la corte de la reina Ana os encontrarán muy seductor. Me envidiarán.

—Y los galanes desdeñados me desearán mil muertes. Tregua de recíprocas finuras, milady. ¿A qué hora paso a recogeros?

—¿Persistís en no.alojaros en mi casa?

—Evitadme que os diga que deberíais ir pensando en disipar la injusta fama que se os atribuye. ¿A qué hora debo pasar a. recogeros, milady?

—¡A las cuatro! ¡Iremos a casa de lord Bolingbrooke!

—Si usáis siempre tal tono, milady, y aunque tuviera una espada en la mano, temería el fuego de vuestros ojos. Buenas tardes.

Había ya abandonado la estancia el Pirata Negro, cuando Lady Hermione Denver murmuró a solas:

—Insolente irlandés… Me gusta.

CAPITULO II

El gallo irlandés y el zorro inglés

En los salones de la casa residencial de lord Bolingbrooke, el destacado "tory" que con Harley-Oxford compartía la jefatura del actual gobierno, reuníanse los elementos más conspicuos de la alta sociedad londinense.

La llegada de lord Barton Denver fue acogida como una promesa de futura diversión por algunos, ya que estipulaban que la ausencia habría exacerbado aún más, en el joven elegante, su mordaz propensión a satirizar cuanto veía.

Después de los parabienes y bienvenidas, los contertulios inquirieron con aparente indiferencia noticias de Lady Denver.

—Me precedió en la huida de aquella bárbara isla, —explicó Lord Denver—. Supongo estará en Londres, y espero no habrá venido con jaulas de pájaros habladores o con negros musculosos. Aunque no sólo en las islas antillanas es donde se hallan los animales salvajes. En aquel rincón observo la presencia de varios ejemplares raros.

La varilla de nácar que sostenía indolentemente el aristócrata señaló otro salón en el que se percibía a cuatro individuos bebiendo en silencio.

Vestían con rebuscada extravagancia y sus cortas pelucas remataban en una trenza sujeta por un lazo azul.

—Sigisbeos-comentó una de las que escuchaban a Lord Denver —. Lord Bolingbrooke ha sido repetidamente amenazado, y se hace guardar por esos cuatro espadachines.

—No me gusta el lazo azul que llevan. Desentona con el resto de sus coloridos ropajes —comentó Barton Denver—. Y es vergonzoso que nuestros jefes políticos desciendan alquilar escoltas como hediondos corsarios, Al menos esos sigisbeos podrían vestir más...

Interrumpióse el aristócrata, porque comprobó que nadie le escuchaba. Toda la atención de los reunidos en la sala se concentraba en una pareja que acababa de aparecer en el umbral.

—¡Lady Hermione Denver y Sir Charles Lazyman¡ —anunció pomposa mente el ujier.

La mayoría de los presentes fueron a rodear a Lady Denver, y por eso pasó desapercibido el profundo estupor que dejó boquiabierto al imperturbable Barton Denver.

Creyóse objeto de una alucinación al principio, cuando miró al que acompañaba a su hermana, pero hubo por fin de reconocer que no había error posible.

Aquel individuo de rostro atezado y perfil de halcón, de fino bigote y largos cabellos negros, que ahora estaba siendo presentado a los concurrentes como... "Sir Charles Lazyman, caballero irlandés que me acompañó en el viaje"... ¡no era otro que el famoso pirata español apodado el Pirata Negro!

La peculiar sonrisa zorruna de Lord Denver puso al descubierto sus blanquísimos dientes. Apreciaba en todo su valor la jactancia temeraria del hombre que advertido del peligro que corría navegando por mares europeos, se atrevía a presentarse solo en uno de los salones londinenses.

Lord Barton Denver aproximóse...

—¡Querida hermana! Permítame que bese tu hermosa mano... ¿Tienes inconveniente en presentarme?

—Barton, mi hermano-dijo ella —. Sir Charles Lazyman.

El Pirata Negro devolvió el cortés saludo del aristócrata. Las mujeres asediaban a preguntas a Lady Denver...

Barton Denver tocó levemente con la varilla de nácar de su lente en el antebrazo del hombre vestido de negro,

—Estoy seguro que no conocéis los jardines de la casa, Sir Lazyman. ¿Me consentís que os sirva de "Cicerone"? No me niegues tal honor, Hermione... Prometo que te devolveré rápidamente a tu galán. Permitid que os preceda, Sir Lazyman.

Los dos hombres se dirigieron hacia la terraza, y alguien comentó que era un hecho extraordinario la amabilidad que demostraba Lord Denver.

En la terraza desierta, "Barton Denver Dióse golpecitos reflexivos con el mango de nácar contra sus blancos dientes.

—¿Queréis hacerme un gran favor, Sir Charles Lazyman?

—Vos diréis.

—Disipad una enojosa incertidumbre que me asalta. ¿Tenéis algún hermano gemelo?

—Que yo sepa, no.

—Es entonces pasmoso el parecido que tenéis con alguien que conocí no ha mucho en mar lejano, allá por una isla canaria. Naturalmente, debe tan sólo tratarse de un gran parecido. Porque el hombre al que me refiero y que se os asemeja como una gota de agua a otra, quedó muy advertido de que el clima inglés le sentaría mal. Era un pirata insolente y siempre pensé que algún día terminaría en el cadalso..., pero no supuse que sería un verdugo inglés quien le cortase el cuello. Figuraos que tuvo la desfachatez de obligarme a nadar el trecho que separaba su velero de la fragata inglesa en la que yo viajaba. Pero naturalmente, aquel imprudente pirata estará muy lejos de Londres.

—Seguís siendo un perfumado muñeco, Lord Denver.

—No os comprendo, Sir Lazyman. Al llamarme "perfumado muñeco" habéis añadido una semblanza más con el pirata al cual aludo.

—Dejémonos de monsergas, ¿queréis? Ni yo soy ratón ni vos gato que pueda jugar conmigo. Bien sabéis que soy el pirata que tuvo el placer de veros nadar enérgicamente...

—Sois tal como la fama os describe, señor. Vestido de negro, insolente y de una imprudencia rayana en el suicidio. Hermione es muy excéntrica, pero nunca pude imaginar que presentaría en la corte inglesa a un pirata español.

—Lady Denver me supone un irlandés llamado Charles Lazyman.

—Ah... Eso varía el aspecto de la cuestión. No os puedo denunciar... todavía. Porque Hugh Foster sigue en vida... y seguramente vos estáis aquí para cumplir la promesa que hicisteis.

—¿Qué promesa? A vos no os hice promesa alguna.

—Oh, pero vuestra honrilla de pirata se ofendió al saber que Hugh Foster tenía en su mástil la lista de los que le habían huido. Lista que vos encabezabais. Dijisteis que Hugh Foster se tragaría tal lista, supongo que ayudado por vuestra mano. Sin embargo, Hugh Foster está al llegar. Sigue vivo... y vos también. Aguardaré pacientemente..., Sir Charles Lazyman. Después... me agradaría

enormemente estar en la primera" fila de los curiosos que en el patio de la Torre de, Londres vean decapitar a un parata español.

Carlos Lezama dio un suave palmada en la vaina que encerraba su larga espada.

—En la isla de Wight me regalaron esta tizona toledana, Lord Denver. Es de un temple a toda prueba. Si lo deseáis os la reservo para cuando me haya entrevistado con Hugh Foster.

—Es una sugerencia que estudiaré con cariño, señor. Aunque perfumo mi peluca y os parezco un alfeñique, en el terreno de la verdad me precio de haber pasaportado definitivamente a espadachines tan jactanciosos como lo pueda ser cualquier irlandés... o cualquier pirata español.

Os vi nadar y lo hacíais con vigor. Sois un fatuo petulante y pisaverde, pero no os quiero hacer el insulto de suponeros delator.

—¿Queréis hacerme una promesa?

—¿Fiáis en las promesas de piratas?

—Cuando son como vos, sí. Vos ahora sois un gallo irlandés...

—...y vos un zorro inglés...

—Congeniamos, congeniamos —dijo Barton Denver con su sonrisa característica—. Cuando os hayáis entrevistado con Hugh Foster, si continuáis en pie, ¿tengo vuestra palabra de hombre de que al amanecer siguiente mediréis vuestra espada conmigo? Quiero evitarle trabajo al verdugo.

—Al amanecer siguiente, no sé. Pero os juro que tan pronto termine con Hugh Foster, vos seréis el primero al que dedique toda mi atención. Personalmente no tengo motivo de querella contra vos..., pero os mataré a satisfacción, porque si vuestra hermana es como es, vos tenéis la culpa.



—El sacamuelas os lo dirá.

—Gracias, caballero.

La voz femenina, resonando a espaldas de los dos hombres, hizo que ambos se volvieran. Lady Denver acercóse al Pirata Negro, alrededor de cuyo brazo enlazó el suyo.

Y como si al sentir el musculoso contacto, notase una protección de la que había carecido desde la muerte de sus padres, murmuró sin altivez:

—Hora era ya, Barton Denver, de que un hombre no compartiera tus opiniones. Los demás te hacían coro cuando tú mismo me criticabas. Ahora... tengo quien me defiende.

—¿A qué precio?..

—El sacamuelas os lo dirá.

La respuesta del Tirata Negro Fue dicha a la vez que su puño izquierdo, en violento revés, chocaba contra los labios del

aristócrata.

El recio golpe derribó de espaldas a Lord Denver, quien fue a caer contra una mecedora que volcó, quedando en el suelo, pálido el semblante, torcida la peluca, y con las dos manos aplicadas contra su boca.

Desprendiéndose del brazo de Lady Denver, Carlos Lezama ayudó a incorporarse al aturdido y contuso inglés.

Barton Denver, bruscamente, desenlazóse del brazo que le sostenía en pie. Extrajo de su casaca un amplio pañuelo bordado, con el que se limpió la sangre que manchaba sus labios tumefactos.

Miró alternativamente a su hermana y al presunto irlandés, y sin una palabra, salió de la terraza.

—Lo siento, Milady, pero detesto al hombre que no sabe respetar a su propia hermana.

—Ha sido un incidente sin importancia —dijo ella fríamente.

—Quizás nos lo habríamos evitado, Milady, si vos no hubieseis jugado a ser Mesalina en apariencia. Y, rindiendo culto a la imparcialidad, debo manifestaros que tampoco apruebo vuestra actitud glacial ante el incidente sufrido por un hombre que, al fin y al cabo, nació de la misma sangre que vos.

Al final de la terraza, cuatro hombres de abigarrada vestimenta y corta peluca rematada en trenza sujeta por un lazo azul, miraba hacia la pareja con insistencia.

Por entre ellos avanzó un caballero de mediana edad...

—Lord Bolingbrooke —advirtió en voz baja Hermione.— Y sus cuatro sigisbeos. Espadachines a sueldo...

Lord Bolingbrooke inclinóse ceremoniosamente besando la mano que le tendía, lady Denver.

—Bienvenida, Hermione. No supe que estabais aquí hasta ahora. Me hallaba en mi despacho, atareado con mi secretario. De nuevo mis salones se enorgullecen de ver transitar por ellos vuestra belleza y espiritualidad.

—Os presento a Sir Charles Lazyman.

Alejados a una distancia de cinco pasos, los cuatro espadachines examinaban con insolencia al Pirata Negro.

—No tuve tiempo de saludar a vuestro hermano-dijo Lord Bolingbrooke con evidente malicia. —Salió precipitadamente—. ¿Sufrió algún accidente?

—Resbaló por el untuoso pavimento de vuestra terraza, Milord-dijo el Pirata Negro.

El prohombre político esbozó una tenue sonrisa, y despidióse pretextando que tenía que atender a los demás visitantes.

Cuando traspasó el umbral de la puerta, uno de los sigisbeos emitió una risita aguda, sin dejar de mirar al Pirata Negro.

—Si me explicaseis el motivo de vuestro suspiro conejil, podríamos quizás reír juntos, señor…

—Algernon Freemont me llamo-dijo el aludido avanzando con paso de bailarín —. Y vais a darme razón cumplida de…

Oyéronse dos recios golpes producidos por el remate de la vara del ujier que en la sala vecina, exclamó:

—¡Hugh Foster, corsario de Su Graciosa Majestad!

Los cuatro espadachines iniciaron una presurosa escapada hacia la sala. Antes de desaparecer en ella, Algernon Freemont volvióse para decir:

—Nos veremos pronto, señor irlandés. Y os arrepentiréis de haberme confundido con un Barton Denver cualquiera.

—Id a menear la trenza por otro lado, lejos de donde yo me halle, perdonavidas.

Congestionado de ira, iba Algernon Freemont a abalanzarse contra él, pero uno de sus compañeros le asió por los hombros.

—¡Déjalo!… Ya arreglaremos las cuentas a ese valentón. Ahora debemos estar junto a Bolingbrooke.

Quedó el Pirata Negro a solas con Lady Denver. que hacía visibles esfuerzos para recuperar la sangre fría, desde que había oído anunciar. a Hugh Foster.

—Creo que la primera parle de mi labor está ya realizada sin más sangre que la vereda por unos labios cínicos. Ahora, señora, entremos en la sala. Habrá cundido el comentario de lo sucedido, y mi conversación breve con los sigisbeos ha sido oída. Por lo tanto, no se os hará responsable de las palabras que yo intercambie con el corsario. Las achacarán a la impetuosa sangre de un gallo irlandés.

* * *

El anuncio de la visita de Hugh Póster produjo en los salones un revuelo de faldas y pasos precipitados. En el fondo de la sala donde aguardaba Lord Bolingbrooke, aparecieron cuatro corsarios que se inmovilizaron junto a las cortinas.

Nadie se formalizó por ello, y mucho menos el anfitrión: era un hecho conocido que —Hugh Foster, que reducía su escolta a cuatro hombres cuando se hallaba en Londres, sólo la abandonaba cuando iba a rendir visita en palacio a la propia reina.

Hugh Foster, bajo el sobaco el tricornio, y calzando guantes de roja seda, avanzó con el clásico andar reposado del hombre de mar.

Estrechó la mano ofrecida por Lord Bolingbrooke, y fijó sus ojos grises y descoloridos en la reunión de rostros curiosos.

—Mis saludos, milord-dijo el corsario con entonación respetuosa. —Mi primera visita ha sido para vos, ya que ahora es a vos a quien pertenece acompañarme al palacio, a rendir cuentas de mi viaje a Su Majestad.

—A las siete de la tarde, Su Graciosa Majestad nos concederá audiencia, mi querido Foster. Sentaos... Conocéis a cuantos frecuentan mi casa. Todos ellos están ansiosos de oír el relato de vuestro viaje. Sois el hombre de moda en Londres, ya que vuestras hazañas en el mar ponen muyen alto el pabellón británico. Uno de los propósitos de mi gabinete, propósito que Harley-Oxford comparte incondicionalmente, es incrementar nuestra Marina, y precisamos de marinos tan competentes como vos. Puedo anticiparos delante de cuantos me escuchan, que Su Graciosa Majestad ha decidido honraros con la concesión de la “Orden del Cardo” y el título de “baronet”.

—Como escocés, tal recompensa colma mis deseos —dijo Hugh Foster sentándose junto a Lord Bolingbrooke.

Alrededor de los dos hombres, formóse un grupo apiñado, que en pie escuchaba ávidamente.

—Decidme, Foster, ¿traéis en vuestras calas los brocados de oro que os encargué para Lady Marshall?

En la especial moralidad de la época, era común que además de subvencionar las expediciones corsarias, los altos personajes de la Corte hicieran encargos a veces pueriles a los capitanes que.éstos cumplían gustosos.

—En estos instantes, mis hombres van ordenando los paquetes que contienen los distintos encargos que me honré en cumplir. Excusaréis si la envoltura huele desagradablemente, Milord, pero la carne de negro es apestosa.

Una de las damas oyentes, con un ligero estremecimiento de

ávida curiosidad, avanzó el busto por entre la apretada hilera circular que rodeaba a los dos interlocutores, y preguntó:

—¿Carne de negro, capitán Foster?

El corsario asestó a la que inquiría una mirada maligna, semivelada por su párpado cicatrizado.

Pero le halagaba el religioso respeto con que era escuchado por doquier.

—Es un comercio original, señora —explicó pausadamente.— El continente africano, en su litoral occidental, está inexplorado. Abrieron la ruta comercial los portugueses, y precisamente de un portugués es el cargamento de negros que lie apresado, y que motivará que mañana mismo vuelva a zarpar rumbo a las colonias antillanas. Allí, nuestros colonos, que necesitan mucha mano de obra, hallarán en esos esclavos una gran ayuda, y yo serviré los fines de expansión británicos.

—Debe ser interesante la visita a los poblados indígenas africanos para mercar esclavos-insinuó uno de los caballeros presentes.

—La primera vez resulta típico —condescendió a explicar Hugh Póster satisfecho de ver toda la reunión pendiente de sus labios.— Después fatiga, y el riesgo es perenne, siendo escasa la recompensa. Todo el trato es a base de trueque. Los jefecillos de los poblados mantienen entre empalizadas a los jóvenes y robustos negros seleccionados...

—¿Los pagáis en guineas?

—No. Los cambio por fruslerías londinenses, tales como tejidos de colores vistosos, objetos de cristal, y menudencias...

—Tales como aguardiente y mosquetones en mal estado.

Hugh Póster, sorprendido, giró el cuello para contemplar al que osaba intervenir en la conversación para afirmar un hecho cierto.

Vio primero a Lady Denver... Después vio al desconocido en cuyo brazo se enlazaba el de la aristócrata.

—Os presento a Sir Charles Lazyman, capitán Foster-apresuróse a decir Lord Bolingbrooke. —Irlandés— añadió, como si aquello lo explicara todo.

—¡Ah! —admitió el corsario.

—Supongo que ya conoceréis a Lady Denver.

—No he tenido tal honor. A vuestros pies, Milady. Pues sí, como

decía, el comercio de ébano es interesante en todas sus etapas. Vos, Sir Charles Lazyman, parecéis hombre de mar.

—Lo soy, cuando no estoy en tierra.

—Estaréis, pues, al corriente de la trata de negros.

—Cierto. Lo considero el tráfico más repugnante y cobarde que existe.

La seca respuesta produjo en todos los concurrentes una inmovilidad de pasmo. Hugh Foster enderezó el busto.

—Yo puedo dar detalles que vos, señor corsario callaréis por afán puritano...

—Os ruego, Sir Lazyman... —empezó a decir Lord Bolingbrooke.

—¡No, no! Dejad al señor que hable —atajo Hugh Foster.— Quizás me enseñe cosas que ignoro.

Un coro de risas serviles acogió la frase del corsario.

—Por el instante no pienso daros lecciones —replicó el Pirata Negro avanzando hasta situarse frente al corsario.— Me limitaré a explicar los procedimientos de los negreros tales como vos. Una vez efectuado el trato con el reyezuelo, vuestros latigueros arrean a los míseros esclavos, que caminan hacia el buque formando una recta de ganado humano. Allí vuestro cirujano procede a marcar los cautivos, aplicando hierro candente en el hombro. Después son encadenados a una barra de hierro que corre a todo lo largo de la cala, de la que penden anillos.que se cierran alrededor del tobillo de cada uno de los negros. Ciertos negreros encadenan también el cuello de los esclavos con un collar de hierro pendiente de la misma barra. En esta posición, los prisioneros sólo pueden estar sentados con la cara pegada a la barra. Y hacen un largo viaje en estas condiciones, con lo que la mortalidad alcanza a veces la cifra de más de la mitad.

—Parecéis muy enterado, Sir Lazyman. ¿Sois acaso rival en el comercio?

—No. Hundí varios barcos negreros. Por eso estoy tan enterado. Liberé a los negros después do pasar a cuchillo a la tripulación.

Lord Bolingbrooke púsose en pie, lívido y demudado.

Pero Hugh Foster hizo un imperativo ademán.

—Dejad al caballero irlandés que siga exhibiendo su genialidad provocativa, Milord. Sabré darle cumplida respuesta, ¡a fe de Hugh Foster!

—No hago más que saciar el afán de ilustrarse que demuestran los reunidos. Quiero que sepan, por ejemplo, que muchos de los cautivos se matan rompiéndose la cabeza contra la barra del navío que les lleva lejos de su tierra natal, arrancándoles de sus costumbres y hogares. Esas pobres almas infantiles, atacadas de nostalgia, llegan a la cumbre de la desesperación… pero mientras existan negros, hombres como Hugh Foster, irán enriqueciéndose cobardemente.

Hugh Foster levantóse, quitándose lentamente uno de sus guantes rojos.

—Zarpo mañana al mediodía, Sir Lazyman. ¿Estáis libre a las ocho de la mañana?

—Por entero.

El guante rojo iba a abofetear el rostro del Pirata Negro, pero éste asió la muñeca del corsario, dando un empujón al brazo del escocés.

—A las ocho donde me designéis, señor corsario.

—En el prado de Westminster, tras la abadía. No habrá curiosos, porque mi escolta de cuatro hombres lo impedirán. Y ahora, perdonad el incidente, Milord-dijo el corsario sentándose de nuevo.

Deslizó una mirada de soslayo hacia Lady Denver y su acompañante.

—Quizás ignora Sir Lazyman que hay negreros que también trafican en esclavos blancos… En fin, lamento esta enojosa interrupción…

La imperceptible señal de Lady Denver Fue acertadamente captada por el Pirata Negro quien salió del círculo, mientras ella despedíase de los reunidos.

En la calle, antes de subir a la carroza, Lady Denver miró reflexivamente al Pirata Negro.

—Temo por vos, señor Lazyman. Hubo una velada amenaza en la última frase de Foster, cuando os advirtió que también había negreros que traficaban con esclavos blancos.

—Supongo que deseará conducirme prisionero a su bordo. Y es una idea que me agrada.

—¿Estáis en vuestros cabales?

—Dejad tiempo al tiempo, milady. Ahora permitid que me despida,.,.

—No puedo dejar que os marcháis.

—Tengo que tomar ciertas precauciones, Milady. Realmente demostraría no estar en mis cabales si hubiese venido alegremente a Londres a retar a un corsario como Hugh Foster:... ¡al que quiero prisionero en su propio barco! Buenas tardes, Milady.

Quiso ella llamarle, cuando se recuperó de la sorpresa, pero ya el Pirata Negro había, desaparecido.

CAPÍTULO III

Un arcón misterioso

Cumpliendo las instrucciones del Pirata Negro, allá en el litoral norte de la isla de Wight, una lancha velera ocupada por cuatro pescadores, tendía sus redes cerca de la desembocadura de la bahía que conducía a la ciudad de Newport.

Sus ocupantes vieron salir el barco “Coast Travel”, y mediada la mañana, presenciaron la gallarda majestuosidad con la que el velero “Flying Heart” avanzaba rumbo a la costa inglesa.

Recogieron sus redes, amontonándolas encima de otras que encubrían un voluminoso arcón de tosca madera, en la que la carcoma parecía haber producido redondos agujeros.

—Vela a todo tropa-ordenó “Piernas Largas”. —Sopla buen viento y tenemos que estar a las nueve de la noche en la latitud que el jefe me indicó. Al timón, “Jabalí”.

El aludido, un hombretón cuyos labios parecían un hocico peludo donde sobresalían los agudos colmillos de unos caninos de tamaño más que regular, Fue a sujetar la larga vara.

Los otros dos atendieron a la maniobra de vela.

—Quedóse “Cien Chirlos” rabiando —comentó “Jabalí”.— Le pasa lo mismo que a nosotros No sabe por qué tiene que mantener el “Aquilón” al pairo entre la costa normanda y la isla, en su paso más estrecho... y nosotros aquí en esta lancha rumbo al Londres de los ingleses.

“Piernas Largas” escupió torciendo la boca.

—Si yo tuviera tanto diente como tienes, compadre, hablaría menos. Nuestro jefe sabe lo que se propone... y basta. Yo, “Cien Chirlos”, tú y todos, a callar y a cumplir.

—¡Claro que sí! Pero, hombre, un poco de curiosidad no es delito. Yo me digo: “Bueno, y ese arcón con un tipo dentro y esos

respiraderos para que no ge asfixie, ¿a qué...?”

—Yo me digo-le atajó Tiernas Largas” —que si la estupidez fuera un, mar te ahogarías tú mismo, “Jabalí”. ¡Calla y vigila el rumbo que yo te marque!

A las nueve de la noche en punto, la lancha velera anclaba en el paraje señalado en la forja de Iñigo por el Pirata Negro a su lugarteniente. A hombros de los cuatro pescadores, cargaron el arcón, sobre el cual había un fardo que contenía ropas.

Estuvieron unos instantes detenidos en la playa hasta que “Piernas Largas”, acostumbrados ya sus ojos a la penumbra, dirigió la comitiva hacia un grupo de rocas, entre las que depositaron el arcón.

Uno de los piratas amontonó briznas de hierba seca, sobre la que cruzó ramones, y frotando su yesca contra un pedernal, prendió fuego a la pequeña hoguera. Para evitar el excesivo resplandor cubrió las ramas con arena.

“Piernas Largas” salió al exterior de las rocas, acechando la larga playa desierta. Vio por fin llegar la inconfundible figura del que era ansiosamente esperado.

—Hola, chiclanero-saludó el Pirata Negro —. Dame cuenta de cuánto has hecho.

—Transmití a “Cien Chirlos” tus órdenes, señor. Se hizo a la mar rumbo a la costa normanda, para dejar en ella a Iñigo, el toledano. Y mantiene el “Aquilón” al pairo cerca de la costa, en la longitud y latitud que tú apuntaste, Yo cogí a Pero Trizas, a “Jabalí” y a Juanelo, y con ellos en la mejor lancha velera, nos apostamos a la salida de la bahía del Puñal. Metimos en la lancha el arcón con el tipo dentro, y las ropas de los cuatro corsarios que tú, señor, venciste en la forja. Y el arcón está ahí entre las rocas.

La pequeña hoguera permitía ver los contornos interiores de las rocas, los tres piratas y el arcón misterioso.

El Pirata Negro levantó la cubierta del cofre. En su interior había un hombre amordazado y atado.

Muy rubio, fuerte, y con una cicatriz en el párpado, era la viva imagen de Hugh Foster... Vestía también las mismas ropas que el jefe corsario.

—Escúchame con atención, Hart Mulliner-dijo el Pirata Negro sentándose en el borde del abierto arcón. —Guando te capturé en

Boulogne-sur-Mer, creyéndote Hugh Foster, pensé matarte. Te necesito en tu propio provecho. Para mis fines, podría cortarte la lengua, y hacerte acompañar por cuatro de mis hombres. A bordo del “Flyng Heart” a media madrugada, te tomarían por el hombre del que eres el “doble”. Pero he pensado algo mejor. Tú puedes ser dueño y señor del “Flyng Heart”. Bastará con que cumplas algo muy sencillo. Mi lugarteniente te quitará la mordaza y te desatará. Él y tres hombres más te acompañarán a bordo del “Flyng Heart” a media madrugada. Esta noche tus amigos corsarios están celebrando la corta escala. Subirás a bordo con mis cuatro hombres. Volverás a bajar poco después con sólo dos de ellos. Y volveréis aquí, para que me acompañes después a tu bordo. Y podrás ser el dueño y señor del “Flyng Heart”. He terminado contigo. Si te negases a acompañar a mi lugarteniente éste te cortará la lengua, te vaciará los ojos, y te abandonará en cualquier rincón.

Cerró la cubierta el Pirata Negro, y alejóse de entre las rocas, seguido por "Piernas Largas”.

—El corsario no se negará a acompañarte, chiclanero.

—Porque sabe que le mataría, señor.

—No. Porque imagina que yo caeré en la trampa. Conozco el carácter de ese sujeto. Es fiel a Hugh Foster. Fingirá aceptar mis proposiciones. Y por lo tanto te conducirá a ti y a los oíros tres a bordo del “Flyng Heart”. Vestiréis la ropa corsaria. A bordo sólo habrá dormilones incubando la borrachera, y los centinelas...

—Si el tipejo gritase sembrando la alarma, señor...

—Lo matas, huyes y vienes a advertirme a1 “Hotel del León” en la calle King Edwards antes de las siete de la mañana. Repite.

—Si chilla o da la alarma, iré señor a advertirte que lo he matado al “Hotel del León” en la en lie del “Quin Eduars” antes de las siete de 1a mañana.

—Mucho me equivocaré si Hart Mulliner no cumple, al parecer fielmente lo que le lie indicado. A bordo se quedarán Pedro Trizas y Juanelo, con las instrucciones que ya sabes. Tú y “Jabalí” volveréis a bajar con Hart Mulliner. Volveréis aquí... y metedme de nuevo a Hart. Mulliner en el arcón. Lo cargáis en la lancha velera, y vais ni encuentro del “Aquilón”, advirtiendo a “Cien Chirlos” que el velero corsario se hará a la mar mañana al mediodía. Por lo tanto, al atardecer lo puede abordar sin peligro. ¿Lo has comprendido todo?

“Piernas Largas” repitió palabra por palabra lo que acababa de oír. Con el pulgar, el Pirata Negro señaló hacia las rocas.

—Hart Mulliner cumplirá la primera parte a gusto, porque supondrá que luego caeré yo. Es un bruto sin inteligencia, pero ahora en el arcón está riéndose pensando en que yo seré el obsequio que él entregará a su jefe.

—Señor-dijo vacilante Curro Montoya —. ¿No podría yo quedarme con Pero Trizas o Juanelo a bordo del corsario? Para meter en el arcén al inglés, bastaría amo da los otros dos. Yo les explicaría bien lo que tienen que hacer...

—¿A qué obedece tu oferta de cambio de servicio?

—Olfateo, señor, que tú estarás a bordo... Y yo, con Pero Trizas, quisiera tener la seguridad de que todo anda como deseas y ordenaste.

—Bien. Trueca con Juanelo. Una advertencia, chiclanero: el corsario zarpará, al mediodía. Me veas llegar como me veas, me pase lo que me pase, hasta una hora después de zarpar no moverás ni un dedo. Cualquier gesto imprudente tuyo podría estropear y echar al fracaso lo que he planeado punto por punto. Ahora, a lo tuyo. Confío en ti.

—Gracias, señor.

“Piernas Largas” aguardó a que su jefe se alejara, y entonces entró en el escondrijo natural que ofrecían las rocas.

—Ven acá, “Jabalí”. Aléjate del arcón. No quiero que el inglés se entere de lo que tengo que hablarte.

—No entiende ni jota de español, hombre. Nuestro jefe tuvo que hablarla en esa bárbara lenguota que...

—¡"Mardita zea”! ¿Te vas a callar? Si tú supieras varias lenguas, no pararías en todo el día y la noche de rebuznar. El jefe acaba de darme otras órdenes. Ahora los cuatro vestiremos las ropas de los corsarios ingleses. Haremos ver que somos la escolta del tipejo del arcón. Si cuando subamos a bordo del velero corsario, el tipejo del arcón chilla, le rebañaremos el gaznate y a todo escape saltaremos a tierra, reuniéndonos aquí. Pero dice el jefe que no chillará... Por lo tanto, no chillará.

—Si el jefe lo dice, entonces no chillará.

—Yo y Pero Trizas, ¿te enteras, muchacho?, nos quedaremos a bordo, escondidos en la cala y las cocinas. Tú y Juanelo bajaréis de

nuevo con el tipejo del arcón, y volveréis aquí. Apenas estéis entre las rocas, saltad encima del pellejo del corsario y metedlo de nuevo en el arcón. Será un buen bromazo, porque él se cree otra cosa y estará confiado.

"Jabalí" rió estúpidamente a carcajadas.

—¡Cierra la cloaca, bobalicón! —rezongó "Piernas Largas"—. Y tan pronto lo tengáis en el arcón, haced vela hacia nuestro velero. En llegando, le dices a "Cien Chirlos" que el velero corsario zarpará al mediodía, y que por lo tanto a la media tarde se disponga a abordar en la latitud y longitud señalada. ¿Está todo claro? Lo que no entiendas, pregúntamelo.

Rascóse vigorosamente la enmarañada cabellera el hirsuto pirata.

—Como entender lo entiendo todo claro, menos una cosa. ¿Por qué tanto meter y sacar al tipejo en el arcón?..

"Piernas Largas" retrocedió un pie dispuesto a atizarle un puntapié al preguntón. "Jabalí" dio un salto hacia atrás.

—Bueno, hombre. No he dicho nada. ¡Caramba! Ya no se puede hablar ahora...

—¡A vestirte!

Los cuatro presuntos poseedores se despojaron de sus rudimentarios atuendos para endosarse los vistosos uniformes corsarios. Embozados en las cortas capas y calados los chambergos, tenían la traza corriente y el andar característico de los hombres de mar...

Hart Mulliner, al ser liberado do sus ataduras y de la mordaza, frotóse por espacio de varios minutos los entumecidos miembros.

"Piernas Largas" le ciñó una espada y la daga, que sacó del arcón después de haber entregado las armas de los cuatro corsarios a sus compañeros.

Señaló al inglés su propia espada, e hizo con la diestra un gesto significativo.

—Tú no entenderás mi habla, inglés. Pero el gesto sí. Te perforo a la que te sientas tunante. ¡"Come on"!

Hart Mulliner, encuadrado por los cuatro piratas, salió de entre las rocas. "Jabalí" miró admirado al andaluz.

—Las dos últimas palabras no te las entendí, "Piernas Largas".

—Era inglés-dijo el andaluz, fingiendo modestia —. Bueno, y

ahora, callados los hocicos ó nos van a oler.

Hart Mulliner subió a bordo del “Flyng Heart”, recibió las novedades del soñoliento contramaestre e iba a replicar, pero la diestra de “Piernas Largas” se engarfió alrededor de su brazo.

Calló el “doble” de Hugh Foster, y poco después descendía acompañado tan sólo por Juanelo y “Jabalí”. Iba satisfecho, porque pronto tendría ocasión de entregarle a su jefe al imprudente pirata español...

Pero las carcajadas estentóreas con las que “Jabalí” acogió el rápido gestó de Juanelo entre las rocas, a la vez que derribaron al suelo acogotado al corsario, Fue el último ruido que oyó antes de sumirse en la inconsciencia.

Volvió Juanelo a envainar la daga con cuyo pomo había golpeado al corsario en la nuca.

—Ahora otra vez al arcón, y al mar en busca del “Aquilón”, Juanelo, ¿Tú comprendes algo de algo de todo este lío?

—Ni gorda, “Jabalí”. Fuimos cuatro, volvemos dos... Pero, verás, Jabalí”, yo lo que digo, es que digo que lo que piensa nuestro jefe tiene siempre mucha miga.

“Jabalí” estaba ya atando al desvanecido corsario en el Interior del arcón. Despojáronse ambos de sus ropas, vistieron de nuevo las de pescador, y cargando sobre sus hombros el arcón con su contenido humano, entraron en la lancha.

Poco después, las velas se hinchaban rumbo al Sur...

CAPITULO IV

El método duelístico de Hugh Foster

A las siete de la mañana siguiente al día en que Hugh Foster oyóse tildar de “negrero cobarde” en el domicilio de lord Bolingbroocke, el posadero del “Lion s Hotel” de King Edwards Street, golpeó repetidamente en la puerta de la habitación en que se alojaba “Sir Charles Lazyman”,

No cejó en sus golpes hasta que malhumorado, el propio Pirata Negro fue a abrir.

Ya os oí, ¡voto a bríos! Os dije que me despertaras a la siete y media de la mañana y nada más. No soy sordo...

—Excusadme, señor. Pero hay una dama abajo, en la antesala, que os aguarda. Por eso os incomodé despertándoos antes...

Lady Hermione Denver con huellas en el rostro de no. haber dormido en toda la noche, levantóse al entrar el Pirata Negro en la antesala del hotel.

—Siento verdadera curiosidad por saber a qué obedece vuestra temprana visita, milady.

—No he podido conciliar el sueño. Tengo miedo... No puedo ahuyentar el pensamiento de que Hugh Foster os matará.

—Eso es cuenta mía. Por el instante, lo cierto es que soy esperado en la explanada de la abadía de Westminster...

—¡No vayáis!

—Nunca he faltado a las citas convenidas con una mujer bonita o coa un espadachín iracundo. No pienso alterar esta buena costumbre.

—Pero, ¡reflexionad! ¿Creéis, acaso, que Hugh Foster acudirá lealmente, exponiéndose a morir en franco combate? ¡Yo afirmo que no!

—Vuestros nervios, milady, os hacen afirmar extremos que

ignoráis.

—La doblez traidora del corsario la experimenté con cruel revelación tardía. Ayer, delante de lord Bolingbrooke y los allí reunidos, fingió la actitud del caballero ofendido, retándoos a duelo. Pero no se batirá…

—Entonces, menos peligro correré,

—¡No seáis terco! ¿O es que no comprendéis el peligro que os acecha? ¿No oísteis su última frase? Fue a modo de comentario… Pero, no cabe engaño. Hugh Foster tiene un propósito decidido.

—¿Estáis, acaso, en el secreto de los pensamientos del negrero?

—Es evidente que él se propone llevares preso a su bordo. Allí os someterá a mil torturas, para luego venderos como esclavo. Hugh Foster no se resignará a intentar mataros en duelo. Sería pebre venganza para él, el hombre a quien ofendisteis en su vanidad, delante de la mejor sociedad londinense.

—Bien, suponiendo que así fuera, ¿y si a mí me encanta que me torture y me venda como esclavo?

—Pero… pero ¡vos estáis loco!

—Simplemente caprichoso, milady. No nos lo reprochemos mutuamente. Y ahora, os digo adiós. Se hace tarde y me espera Hugh Foster.

Ella se interpuso en el camino do salida.

—No os podéis marchar así, sir Lazyan. Me prometisteis ayudarme a vengarme…

—Hago lo que puedo, yendo al campo de duelo. Lo demás corre a cargo de Hugh Foster.

—Ya que estáis decidido a sucumbir en la muerte más horrenda, ¡yo os acompañaré!

—¿A santo de qué?

—Porque me horripila pensar que os he conducido a tan trágico final.

—No hagáis tragedia de lo que es simplemente una comedia para mí. Quedaos en Londres, sed menos caprichosa, y procurad que la gente que de vos murmura, adivine algún día, que si habéis pecado complaciéndoos en suscitar escándalos, sois en verdad una dama intachable.

Pesó la diestra de la inglesa, y abandonó a paso rápido el hotel. Atravesando por callejuelas laterales, llegó pronto al exterior, en el

poco poblado barrio donde se erigía la abadía de Westminster.

Mientras se dirigía hacia ella, observó por entre los setos, el vistoso e inconfundible uniforme de los corsarios de Hugh Foster.

Siguió andando como si no parara mientes en ello, y cuando desembocó en el anchuroso prado rodeado de arboleda que se abría tras la vetusta capilla, Fue a adosarse contra el muro posterior.

En el prado no había nadie... pero por entre, la arboleda percibió más siluetas de corsarios.

Hizo jugar en sus vainas la tizona y la larga daga, pero continuó inmóvil, apoyadas las espaldas contra el frío muro, en actitud expectante.

En su meditación había una burlona conmiseración de si mismo. Pensaba qué poco aprecio le tenía a la vida, cuando la exponía al riesgo de caer allí mismo acribillado a pistoletazos si fallaba su suposición sobre lo que haría el corsario,

De pronto, una carroza atravesó a todo galope el sendero que cruzaba la arboleda y fue a detenerse al extremo del prado.

En el pescante había dos corsarios, que allí quedaron, mientras Hugh Foster descendía calmosamente.

Al poner pie a tierra el jefe corsario, de entre la arboleda surgieron diez corsarios que en dos filas avanzaron tras Hugh Foster.

Éste quedó a una distancia de tres pasos del Pirata Negro.

—Mis saludos, sir Charles Lazyman-dijo el corsario con mueca desdeñosa —. Confieso que me equivoqué. Suponía que no vendríais, pero veo que los irlandeses son en realidad genialmente estúpidos.

—Insultad cuanto queráis a los irlandeses que me trae sin cuidado, mientras no me insultéis a mí. Lo que no acierto a adivinar es para qué necesitáis doce testigos. Yo vine solo, porque me basta mi tizona para enviaros al otro barrio.

Hugh Foster rió sarcásticamente. —¡Torpe imbécil!— masculló. —¿Acaso creías que yo, Hugh Foster, iba a batirme en duelo con el primer advenedizo irlandés que se presentase? Entrega tus armas.

Desenvainó Lezama la tizona y la daga en ademán veloz. Pero no se movió, continuando con las espaldas adosadas al muro.

—Las entregaré si me explicas lo que te propones, corsario fementido, que no cumples el rito de honor en el campo de duelo.

Volvió a reír con sarcasmo el corsario.

—¡Gallo irlandés! —murmuró divertido—. Al mediodía tengo que zarpar. Quiero que estés a mi bordo, imbécil.

—Imbécil tú mismo, corsario. Si lo que pretendes es batirte en duelo conmigo a bordo de tu velero, acepto. Pero mi entregaré mis armas a nadie. Puedes dar orden de que me ataquen si quieres. Pero ¡por San Patricio!, te juro que muchos de los tuyos caerán antes de que yo doble la rodilla.

Hugh Foster meditó unos instantes. Para su propósito no le convenía malherir a aquel ingenuo irlandés que tanta importancia concedía al honor.

—Es costumbre mía no cruzar la espada en tierra con nadie, irlandés.

—Vamos, pues, a tu bordo. No tengo inconveniente ninguno en sentarme junto a ti por negrero que seas, en tu carroza. Y a tu bordo te ajustaré las cuentas. Pero que tus corsarios no se me acerquen o ¡voto al infierno! que los atravieso de parte a parte.

—En tu compañía, dentro de la carroza, quizá yo corriera peligro. Eres un impetuoso irlandés de sangre alborotada..

—Tienes, mi palabra de honor de que nada intentaré contra ti, sino armas en mano los dos y frente a frente en duelo.

—Me temo que pretendas huirme.

—Es por lo visto obsesión tuya pretender que todos te huyen. Si no me engaño, en tu mástil tienes lista de los que pretendes te huyeron.

—Podrás leerla si quieres.

—Eso deseo. Tengo tanta o más impaciencia que tú por pisar tu cubierta, y allí terminar contigo. Luego, cuando Londres sepa que yo en tu propio bordo te he vencido en duelo leal, todos me respetarán y habré hecho fortuna.

La palabra “imbécil” la repitió el corsario tan sólo mentalmente esta vez. Señaló su carroza.

—Me deleitará tu compañía, irlandés. Tengo que efectuar una visita a Palacio. Me demoraré mucho en ella. ¿Tu impaciencia por batirte en duelo conmigo puede aguardar hasta, que salga de Palacio?

—Aguardaré en mi posada. Que tu carroza pase a buscarme cuando hayas terminado tus visitas.

—Ayer provocaste a duelo a Lord Barton Denver al golpearle. También provocaste a Algernon Freemont.

—Los mataré.

—Son duelistas temibles. No quisiera que ellos fueran a buscarte esta mañana. Permite que te hagan escolta defensiva cinco de mis corsarios, porque yo soy el primero en el derecho de batirme en duelo contigo. O mejor aún, ¿por qué no consientes en esperarme a bordo? Nada te sucederá hasta que yo, espada en mano, antes de zarpar, te demuestre que a mí no se me reta impunemente.

—Acepto. Aguardaré a tu bordo. Pueden escoltarme tus cinco corsarios, pero que no se me acerquen demasiado.

Envainó Lezama su tizona y la daga, cruzándose de brazos con la misma soberbia que habría tenido un "ingenuo irlandés impetuoso".

Hugh Póster separóse unos pasos, y en voz clara habló a sus corsarios.

—Cinco de vosotros dad escolta a sir Charles Lazyman hasta el "Flyng Heart". Acompañadle hasta la sala de huéspedes distinguidos.

Saludó en dirección al Pirata Negro.

—Os ruego, Sir Lazyman, que acatéis la costumbre de a bordo, que impide a mis huéspedes distinguidos que circulen por el barco en mi ausencia. Después… lo visitaréis, si os apetece. Os ruego, pues, que no salgáis de la sala de huéspedes. Hasta después, caballero.

Cinco de los corsarios alejáronse tras su jefe que penetrando en la carroza, Dio la orden de partida.



—*Mis saludos, sir Charles Lazyman.*

La carroza perdióse por entre la arboleda. Los cinco corsarios que habían quedado, dividiéronse en dos grupos.

Tres de ellos echaron a andar, y otros dos distanciáronse a espaldas del Pirata Negro, quien siguió a los primeros.

Pronto divisaron el muelle donde se alineaban múltiples naves, por entre las que sobresalía el alto aparejo del “Flyng Heart”.

Cuando subían por la pasarela del velero, uno de los corsarios habló por vez primera, cortésmente:

—Os conduciré a la sala de huéspedes distinguidos, señor.

Atravesaron la.cubierta, donde varios corsarios miraron sin curiosidad al hombre vestido de negro, y poco después el guía detúvose ante el umbral de una camareta lujosamente amueblada.

Entró en ella el Pirata Negro, sabedor de lo que se avecinaba. Pero debía correr aquel último riesgo. Había ya conocido suficientemente la hipócrita y taimada psicología del vengativo y cruel Hugh Foster, para saber que éste no le daría muerte, sin antes refocilarse como el tigre que juega con su presa.

Desciñóse el cinto, depositando espada y daga en sus vainas encima de un escabel.

Fingió contemplar el artesonado labrado del techo de la camareta y de pronto el suelo cedió bajo sus pies. La “sala de

huéspedes distinguidos”, al estilo corsario, acababa de funcionar...

El suelo de la camareta lo constituía en realidad una trampa, que habíase abierto al ser manejados sus resortes, desde una cámara vecina, por el propio corsario que le había servido de guía.

Flexionando las rodillas, cayó el Pirata Negro en la mazmorra secreta instalada inmediatamente debajo de la sala y cuyo suelo estaba acolchado con plumón de ave en mullida alfombra de gran espesor.

Apenas tocó el suelo, abatiéronse sobre él las redes rematadas en pedazos de plomo que varios corsarios, asomando los bustos por la abertura de la camareta, le lanzaron para inmovilizarle.

"Todos los procedimientos suaves para no causar el menor rasguño al huésped distinguido” meditó el Pirata Negro, mientras las redes amontonábanse sobre él.

Abrióse la puerta de la mazmorra, y tres corsarios le ataron los tobillos y las muñecas con sólidas manillas flexibles de hierro.

Mientras le sacaban las redes, Carlos Lezama vociferó mil imprecaciones entre las risas do los corsarios...

—¡Calla, irlandés imbécil! —dijo a guisa de despedida uno de ellos.

Cerróse la puerta, y la obscuridad reinó al correrse lentamente el suelo de la camareta superior que ahora formó a modo de techo en la mazmorra...

Pasaron varias horas, y en la obscura mazmorra el calor fue aumentando. De pronto el velero se bamboleó y oyóse el ajetreo peculiar en un barco que se dispone a zarpar.

Los cabeceos lentos del “Flyng Heart” anunciaban que el velero corsario hacíase ya a la mar.

CAPÍTULO V

Los verdaderos dueños de "Flyng Heart"

Cuando ya el velero había abandonado la costa inglesa que se difuminaba lejana en el horizonte, y fueron servidos los dos turnos del almuerzo, Hugh Foster ordenó a un contramaestre que fuera en busca del prisionero, para trasladarlo de la mazmorra secreta, a la cala de los negros, en donde debería quedar “crucificado” en la tabla de suplicio.

Cuando bajó Hugh Foster a la fétida cala en donde a todo su alrededor se apiñaban encadenados contra la barra los dos centenares de negros —entre los que había muchas mujeres jóvenes y robustas—, ya el Pirata Negro hallábase con los pies presos hasta el tobillo en “las botas de hierro”, mientras sus brazos en cruz quedaban sujetos por las muñecas a dos Aros de hierro empotrados en la gran tabla vertical que ocupaba el centro de la cala destinada al transporté de los esclavos.

Hugh Foster se detuvo a pocos pasos del prisionero.

—Demostraste mucha sensibilidad ayer tarde en la mansión de lord Bolingbrooke, irlandés —dijo suavemente el corsario—. Defendías a esos negros, y lo hiciste argumentando con propiedad Pero, ya que tanto sabes, debiste también enterarte de los que era la “sala de huéspedes distinguidos”. Que te consuele la idea de que no eres el primero que en tal sala perdió el equilibrio ¿Estás cómodo?

—Te lo preguntaré a ti después.

Hugh Foster parpadeó con su ojo sano, mientras el cicatrizado conservaba su sempiterno guiño maligno.

—Sigues ostentando aires de gallo retador, irlandés. ¿No te das cuenta de que aquí soy yo el único que manda?

—El verdadero dueño de este barco no eres tú, corsario.

—En parte tienes razón. Sus armadores son lord Bolingbrooke y

lady Marshall. A propósito, ya que hablo de la aristocracia londinense, debo darte un mensaje verbal. Lady Denver te aprecia mucho. Las últimas palabras que de ella oí, fueron un cariñoso comentario lamentando tu suerte.

El Pirata Negro frunció el entrecejo.

—Lady Den ver está, en Londres...

—Sí... Esta mañana te siguió, y uno de mis corsarios, cumpliendo mis órdenes de que nadie se acercara al prado, la apresó. Ayer tarde, en el domicilio de lord Bolingbrooke, comprendí que si tuviste la osadía de provocarme en público, era porque obrabas impulsado por las caricias prometedoras de Hermione Denver. Y ella ha pagado.

—¿La mataste?

—No. Matar está al alcance de cualquiera. Hace meses que un amigo mío, un genio de las sombras, Angus “el Tenebroso”, escocés como yo, manifestó que estaba enamorado de Hermione Denver. Claro, me hizo tal confidencia en privado. Y yo aprecio mucho y respeto a Angus Mac Dougherty. Por eso le he enviado el mejor de los obsequios. Allá en su castillo de Glenmore, recibirá Angus un mensaje notificándole que su amada está a su disposición.

—Inglaterra no es el mar libre, corsario. La justicia vengará la tropelía que...

—¡Bah! Hay testigos que afirmarán que tú, impetuoso y cegado por los celos, mataste a Hermione. El propio Barton Denver lo propagará así.

Y ahora, basta de charla...

Volvióse repentinamente Hugh Foster, extrañado. Los negros, temerosos por experiencia de los castigos, guardaban profundo silencio.

Sin embargo, acabábase de oír un extraño gemido. Uno de los corsarios de escolta, acababa de caer como un fardo, y otro de ellos, bamboleábase vacilante, semicerrados los ojos... Un tercero se desplomó inerte... Y otro más...

Hugh Foster cogió uno de los látigos que colgaban de la pared. Con fría y reconcentrada furia, fue repartiendo latigazos en los cuerpos caídos de los cuatro corsarios.

—¡Bellacos! —rugió entre latigazo y latigazo—. ¡Habéis bebido hasta la embriaguez! Os despellejaré...

Soltó el látigo al oír una burlona carcajada. Encaróse con el Pirata Negro.

—¿Por qué ríes?

—Sube e cubierta, imbécil. Refréscate... y mira lo que allí ocurre. Llévate muchos látigos...

Hugh Foster abandonó precipitadamente la cala, y oyéronse sus aceleradas pasadas mientras subía corriendo las escaleras.

El Pirata Negro silbó estridentemente en modulados y estentóreos silbidos.

Dos sombras se enmarcaron en las escaleras. Espada en mano, dos corsarios descendían cautelosamente...

Eran "Piernas Largas" y "Pero Trizas", que se abalanzaron hacia la tabla del suplicio...

—Bien, mis valientes. Habéis cumplirlo-dijo el Pirata Negro, mientras entre los dos piratas le liberaban —. ¿Novedades, chiclanero?

—Han caído uno tras otro, fritos como pajaritos. El rubio del ojo tuerto anda loco por entre ellos, repartiendo punterazos de daga... El velero va al garete, sin nadie que atienda al timón.

—Tú al timón, chiclanero. Tú a las velas, Trizas. Arría la mitad, y maneja las que puedas.

Cogió el Pirata Negro la espada que llevaba "Piernas Largas" y la daga de "Pero Trizas". Los dos piratas fueron tras él...

En cubierta, Lezama aspiró con deleite los efluvios salados que ahuyentaban el pestífero olor de las calas.

Un extraño espectáculo ofrecíase por doquier. Parecía un barco tripulado por cadáveres...

Apiñábanse los cuerpos tal como habían caído, en grotescas posturas. Algunos parecían rotos, con los huesos quebrados por haber caído desde las vergas altas...

Con rugidos inhumanos, Hugh Foster iba corriendo de corsario en corsario, asestando puntapiés y golpes con su daga...

Pero era inútil. Ninguno se movía...

El pasmo y la cólera plasmábanse, en el rostro de Hugh Foster, quien giró sobre sus pies velozmente al sentirse tocado en el hombro.

—¡Tú!...

No pudo pronunciar otra palabra, porque el pomo de la daga del

Pirata Negro chocó estrepitosamente contra su frente, y el jefe corsario se desplomó sin sentido...

El velero, iba derivando hacia la costa francesa, pero ya en el timón “Piernas Largas”, procuraba enderezar el rumbo hacia el lugar donde el “Aquilón” estaba aguardando al pairo.

Andando simiescamente por los palos, “Pero Trizas” iba desatando cabos, y hurtando el cuerpo a las acometidas de las velas latigueantes.

Inclinóse el Pirata Negro cargando sobre su hombro el cuerpo de Hugh Foster, con el que descendió a las calas.

De nuevo, el fétido olor a carne negra invadió su olfato, mientras sujetaba con esfuerzo al corpulento y desvanecido corsario a la tabla del suplicio.

Hugh Póster, con la frente abierta y sangrante, colgándole la cabeza sobre el pecho, quedó con los pies encerrados en las botas de hierro y los brazos en cruz, sujetas las muñecas entre los aros de hierro.

Una lenta salmodia elevóse, salvaje y fúnebre. Algunos negros cantaban en su extraño lenguaje gutural...

El Pirata Negro volvió a subir a cubierta, acercándose al mástil, donde resguardada por un cerco sobresaliente de madera y un cristal, había una lista escrita.

Rompió el cristal de un puñetazo y arrancó el pergamino, cuyo primer nombre decía: “PIRATA NEGRO”.

Seguían otros apellidos y apodos de célebres corsarios y piratas.

Descendió de nuevo a la cala, y fue volcando sobre la cabeza del inglés, cubo tras cubo de agua salada que extraía de la gran pila destinada a rociar los cuerpos de los esclavos...

Hugh Foster sacudió la cabeza. La sangre, mezclándose con el agua salada daba a su rostro una expresión siniestra, aumentada por el maligno guiño.

—Imbécil... —murmuró suavemente el Pirata Negro, plantado en jarras delante de él y con los puños apoyados en las caderas.

Del puño diestro pendía la lista escrita de los que Hugh Foster pretendía haber hecho huir, o vencido en el nía r.

Imbécil —repitió paladeando la palabra— Por cobarde, cruel y sanguinario mereces mil muertes. Pero además eres embustero, cosa que entre gente de mar es delito impropio de hombres. Por escrito

te has jactado de que el Pirata Negro te huyó... Nunca te vi, Hugh Foster, hasta ayer tarde.

Acercóse al corsario, que mantenía los labios caídos y la boca entre abierta; no repuesto aún del brutal golpe, había perdido toda facultad de raciocinio ante la terrible sorpresa.

El puño del Pirata Negro arrugó la lista en menuda bola y con empuje bestial la introdujo en la boca del corsario. Desenvainó la daga y con la punta fue empujando el papel...

—¡Mastica, Hugh Foster! Que tu boca que mintió diluya la mentira. Tu última mentira, Hugh Foster. A otro hombre le daría derecho a usar la espada. A ti, te reservo algo mucho más sabroso, y de acuerdo con tus propios métodos.

—¿Quién... quién eres?

—El Pirata Negro. El primer nombre que encabeza tu lista, corsario. Hiciste bien en ponerme en primer lugar, porque tal sitió merece el que termina contigo. ¿Te sorprende lo que ocurre? Es sencillísimo, imbécil. Dos de mis hombres, ayudados por Hart Mulliner, penetraron a bordo de tu velero esta madrugada; tenían una misión que cumplir. Llevaban sus ropas atiborradas de “hierba lezama”. Seguramente habrás oído hablar de ella: crece en Panamá. Y tengo a bordo de mi velero grandes cantidades. Mezclada con la comida, produce un letargo rápido, a la hora de haber sido ingerida. Dijiste antes que debí cerciorarme de que a bordo de los corsarios existen salas reservadas para huéspedes distinguidos. Lo sabía, así como también que a la media hora de zarpáis hay dos turnos de almuerzo. Cuando tú entraste por vez primera en el Caribe, llevaba ya años navegando por él, imbécil.

Varios silbidos estridentes sonaron en cubierta.

—¿Oyes, Hugh Foster? Mi lugarteniente me anuncia que está avistando mi velero. A bordo de mi “Aquilón” hay una mujer. Se llama Catalina Maça. Es portuguesa y era una dama... hasta que tú mataste a su esposo y la encadenaste a ella al pie de tu mesa. Por ella, vine en pos tuya. Podría si quiere vengarse de ti, pero sería mancharse. Yo le sugeriré algo mejor. ¿No te dije antes que los verdaderos dueños de este velero no erais ni tú ni Lord Bolingbroke ni lady Marshall? Los verdaderos dueños de este barco... ¡son ellos!

Y el Pirata Negro, en ademán circular, designó a los esclavos encadenados por cuello y tobillos a la barra.,

Dio media vuelta y subió a cubierta, desde donde percibió la maniobra del “Aquilón”, que de costado iba abarloando para tomar contacto con el estribor del “Flyin Heart”.

Cuando ambos barcos quedaron inmovilizados entre sí, por la pasarela tendida entre las dos bordas, pasó Catalina Maga.

—Buenas tardes, Lina. Mirad el sol que hermoso luce en su ocaso. Tiene tintes rojos, color de sangre... ¿Sigue habiendo sombría sed de venganza en vuestra mente?

Ella estremecióse, ajustando en su escote los bordes del pañuelo de seda que cubría sus hombros.

—¿Dónde está...?

—Encadenado en la cala. Podéis ir si queréis pero yo en vuestro lugar no lo haría. ¿Darle suplicio? No es digno de vos. ¿Matarlo? No os bastaría. Siempre existiría para vos un ocaso de sol enrojecido de sangre... Dejad que Hugh Foster perezca con la muerte más horrenda, sin que vos tengáis intervención.

Ella dirigióse corriendo hacia la cala, cuyas escaleras descendió. El Pirata Negro miró a “Cien Chirlos” que destocándose y sonriendo tímidamente, acercóse a una señal suya.

—Hola, guapetón. Que todos mis valientes estén dispuestos a la maniobra de desengarfiar y separarse del corsario tan pronto lo ordene. Haremos rumbo a la playa normanda donde enterramos, los cañones. ¡Tú, andaluz! ¡Y tú, “Trizas”! A bordo del “Aquilón”...

El Pirata Negro dirigióse a la cala.

Catalina Maça, en silencio, contemplaba ni corsario “crucificado” en su propia tabla de suplicio. Tembló cuando alrededor de sus hombros sintió la presión del brazo del Pirata Negro.

—Es un espectáculo desagradable, Catalina Maça. ¿Queréis dejarme a solas con él? Obedecedme. Os prometo que seréis vengada con creces. Id al “Aquilón”. Obedecedme.

Tardó ella en recuperarse. Besó la mano que colgaba cerca de su mejilla, y que Carlos Lezama no pudo retirar a tiempo, y salió corriendo de la cala.

—¿La viste bien, Hugh Foster? Para lo que con ella hiciste, poco será el castigo que te espera.

Miró hacia el cuadrilátero de ébano que formaban alrededor de la cala los apiñados esclavos.

En español y de antemano convencido de la inutilidad de sus palabras, preguntó en voz, tonante:

—¿Quién es de vosotros el que sabe manejar velas y lonas?

—¡¡Yol! ¡¡¡Massua!!

Fue un grito selvático, escalofriante. Miró el Pirata Negro al que había gritado. Era un musculoso y estatuario “dongoliano”...

—¡¡Yo!! ¡¡Massua!! —repitió de nuevo el esclavo.

El Pirata Negro acercóse a él, y le liberó, ayudándole a ponerse en pie.

—Yo soy Massua... Yo soy Massua —balbuceó el negro.

—Yo soy Carlos Lezama...

—Carlos Lezama-repitió el negro con extática expresión.

—Yo te regalo este velero y cuanto en él hay. Llévalo a tu tierra, y serás poderoso con tantos esclavos blancos. ¿Me entiendes?

—Sí, gran jefe-y el negro arrojóse de rodillas tocando con su frente las botas del Pirata Negro —. Yo entender porque servir a capitán de barco español. Yo y muchos de mis pobres amigos negros saber de vela y barco.

—Bien. Actúa con rapidez, Massua. Porque son mares peligrosos. Vestid las ropas de los corsarios. Ponerlos a ellos en cadenas. Id a vuestra tierra... Quita ahora cadenas a los más fuertes... Adiós.

Seguía aun el negro prosternado cuando Carlos Lezama había abandonado la cala. Pero de pronto Massua distendióse como un muelle y con gritos salvajes abalanzóse hacia la barra, liberando a otro muy parecido a él: su hermano.

En la cala, todos los esclavos a una prorrumpieron en guturales cantos de alegría feroz, mientras Hugh Foster lívido y castañeteando de diente, pugnaba por mantener los ojos cerrados y no ver los rostros retorcidos en muecas de odio de los negros.

Pero su párpado cicatrizado le impedía hacerlo... Y cuando a su alrededor y en silencio se agruparon varios negros, Hugh Foster volvió a desvanecerse, enloquecido de pánico...

* * *

El “Aquilón”, se alejaba del “Flying Heart”, rumbo a la costa normanda. En el castillete de proa, Catalina Maga cubrióse los oídos...

—¡Es horrible! —exclamó en voz baja.

—La algarabía que ahora forman los negros, pronto cesará.

Massua se impondrá, y el velero navegará rumbo a la costa africana. Y vos, señora, sabréis que Hugh Foster halló la muerte que merecía. Estáis ya vengada. No me habléis de agradecimiento, por favor. También yo tenía una cuenta con el corsario, y la he saldado ampliamente.

Los piratas colgados de las vergas, iban realizando la maniobra, aprovechando la fresca brisa que hinchaba las velas. —Cantaban alegremente… porque en aquel crespúsculo, volvía el “Aquilón” a navegar dirigido por el hombre que en aquellos instantes, erguido el busto y brazos cruzados, contemplaba la costa que iba aproximándose.

33

¡Tres joyas de la moderna literatura de aventuras!



TITULOS PUBLICADOS:

1 — La espada justiciera.
2 — La bella corsaria.
3 — Sucedió en Jamaica.
4 — Brazo de hierro.
5 — La carabela de la muerte.
6 — El Leopardo.
7 — Cien vidas por una.
8 — La bahía de los tiburones.
9 — El corso maldito.
10 — Rebelión en Martinica.
11 — Los filibusteros.
12 — La primera derrota.
13 — La dama enmascarada.
14 — Los tres espadachines.
15 — Los mendigos del mar.
16 — El Rey de los Zíngaros.
17 — Noches fantasmales.
18 — Montbar, el exterminador.
20 — Frente a frente.
21 — Esclavitud y rescate.
22 — Deuda saldada.
23 — El holandés fantasma.
19 — La tumba de los caballeros.
24 — "Mezzomorto".
25 — Mares africanos.
26 — Enemigos irreconciliables.
27 — La ciudad invisible.
28 — El capitán Lezama.
29 — Contra viento y marea.
30 — Manopla de terciopelo.
31 — El caballero errante.
32 — Sucedió en Sevilla.
33 — La tizona toledana.



El patriota cien por cien, que lucha contra el invasor y combate a los opresores del pueblo.

El descendiente de EL PIRATA NEGRO, cuyas hazañas son dignas de las de su antecesor.

¡UN HEROE ESPAÑOL LEGITIMO!

TITULOS PUBLICADOS:

1 — El bandolero heroico.
2 — Claveles sangrientos.
3 — El toro.
4 — Malatesta.
5 — La duquesa y el bandolero.
6 — El galán de la muerte.



Con sus superhumanas proezas, será muy pronto el héroe de todos preferido.

TITULOS EN PUBLICACION:

1 — La muerte llama a la muerte.
2 — La mano del cadáver.
3 — La tumba del Gran Duque.
4 — El garito siniestro.

Episodios prodigiosos... obsesionantes intrigas... amores borrascosos... Personajes devorados por ardientes pasiones, moviéndose en los más diversos y fascinantes escenarios. Una sorpresa en cada página... Un interés que crece y crece... *son las características de estas tres obras excepcionales en su género,* que presenta

Un volumen quincena, sólo cuesta TRES PESETAS

EDITORIAL BRUGUERA.